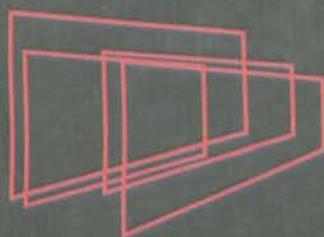
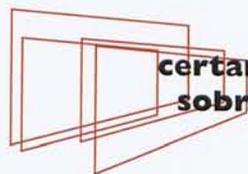


certamen de fotografía sobre cultura popular
2007





**certamen de fotografía
sobre cultura popular
2007**

Coordinación de la edición
Juan Carlos Rico, conservador
Museo del Traje. Centro de Investigación del Patrimonio Etnológico

www.mcu.es



MINISTERIO DE CULTURA

Edita:
© SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA
Subdirección General
de Publicaciones, Información y Documentación

© De los textos y las fotografías: los respectivos autores

NIPO: 551-08-027-4
ISBN: 978-84-0181-348-7
Depósito legal: M. 18.434-2008

Imprime: TORÁN, S. A. (Grupo IMPRESA)



MINISTERIO
DE CULTURA

César Antonio Molina

Ministro de Cultura

María Dolores Carrión Martín

Subsecretaria de Cultura

José Jiménez

Director General de Bellas Artes y Bienes Culturales

Han transcurrido ya siete años desde que en el 2000 el Ministerio de Cultura volviera a convocar el Certamen de Fotografía sobre Cultura Popular. Estos siete años nos han aportado magníficas imágenes del rico y variado patrimonio cultural de nuestro país, hemos comprobado el impresionante nivel técnico de nuestros fotógrafos, hemos experimentado el placer de observar la belleza de las imágenes presentadas y, finalmente, hemos certificado la evolución, la transformación, y en algún caso el olvido, de la cultura popular.

Este catálogo es, de nuevo, el compendio de todo lo dicho anteriormente, dejando constancia para el futuro de la calidad fotográfica de la exposición, a la vez que, de alguna forma, la hace llegar a todos aquellos que no tengan el privilegio de poder contemplar directamente sus imágenes.

El Ministerio de Cultura apostó por esta iniciativa y el tiempo ha demostrado el acierto de su decisión, que contribuye a que los españoles conozcamos un poco más nuestra cultura en todas sus expresiones.

César Antonio Molina
Ministro de Cultura

Índice

Suma y sigue	
JUAN CARLOS RICO	11
La fotografía popular como patrimonio cultural	
LUIS HIGINIO FLORES RIVAS	13
Reportajes premiados	
PRIMER PREMIO	
Mimando el agua	19
JESÚS ANTONIO RODRÍGUEZ PÉREZ	
SEGUNDO PREMIO	
El pernalero (Minaya - Albacete)	27
ABELARDO PEINADO VILLODRE	
TERCER PREMIO	
El peluquero de la Virgen.....	35
FREDERIC PIERRE JEAN-MARIE	
Mención honorífica	
Orhipean	45
PEDRO MIGUEL HERNÁNDEZ	
Reportajes seleccionados	
La piel del bosque	55
HERMINIO MARTÍNEZ MUÑIZ	
La matanza	63
VICENTE ANSOLA TRUEBA	
<i>A rapa das bestas en A Cañiza (Pontevedra)</i>	71
MARÍA LUISA PÉREZ MAZA	
Salinas.....	79
PEDRO MIGUEL HERNÁNDEZ	

Domingo, el piñonero.....	87
SEBASTIÁN MARTÍN RUANO	
El Bruc: <i>La festa del timbaler</i>	95
SERGIO ÁLVAREZ CALZADA y JAVIER CALZADA DURÁN	
<i>Fatxos</i>	103
FERNANDO PASTOR SOLA	
Boda gitana: el ritual del <i>yeli</i>	109
ANDRÉS GUILLERMO MARÍN GARIJO	
<i>Día d'es Be</i>	117
BARTOLOMÉ JUAN FRAU PONS	
Los niños en Semana Santa	125
JOSÉ LUIS GALLEGO AVILÉS	
Ritual del paso de niña a mujer	133
OLGA ALBARRÁN CASELLES y JUAN JOSÉ ALBARRÁN PÉREZ	
Conmemoración de la batalla de Almansa	141
MANUEL VERA MORENO	
Huertos urbanos: de la necesidad al ocio	149
JOSÉ MARÍA REDÓN TOMÁS	
La cultura funeraria. Un espacio para la muerte	157
MARÍA AUXILIADORA ZAMORA MOYA	
El símbolo de la cruz	165
FÉLIX CARRETO MARTÍN	
El esquileo a tijera	173
MARTA PILAR DEL SAZ-OROZCO	
Setecientos años de mercado	181
MARÍA PAOLA DI MEGLIO ARTEAGA	
Generación aislada.....	189
JERÔME CLAIR	
Vida y carnaval en Polaciones	197
ISIDORO GALLO MANZANO	
Un baño purificador	205
RAMÓN HERNÁNDEZ ARMAS	
Las mayas de Lavapiés.....	213
LOLA ELKIN	

Bendeciré	221
JESÚS ANTONIO RODRÍGUEZ PÉREZ	
Pascual, fotógrafo	229
JESÚS ANTONIO RODRÍGUEZ PÉREZ	
De allá para acá	237
JORGE RUBÉN MARTÍN-BENITO ROMERO	
Pecados y Danzantes.....	245
MARÍA CARMEN SALGUEIRO RODRÍGUEZ	
Toros y trajes	253
MARÍA BEGOÑA RIVAS SAS	
As saleras	261
JUAN GARCÍA VICENTE	
Ofrendas de luz	269
ELENA GUSANO GALINDO	
<i>Nit de albaes</i> (canto valenciano de estilo).....	277
JESÚS PRIETO CERMEÑO "CHUCHI"	
El salinero y el cultivo de la sal	285
JUAN GARCÍA MARTÍNEZ	
<i>Aloitadores</i>	293
JACINTO MANZANO ORTEGA	
Invierno en Gredos	301
SERGIO AMPUDIA	
España oculta	309
DARÍO DE DOMINICIS	
Belchite: arquitectura de la infamia	317
MONTSERRAT CARMEN DE VEGA MAS	

Suma y sigue

Acababa la presentación del catálogo para la anterior convocatoria del Certamen de Fotografía sobre Cultura Popular (2006) con las siguientes palabras: “Cada vez es más conocido y respetado, y uno de los referentes fotográficos en su especialidad más importantes del país”. Y así lo confirma esta nueva cita de 2007.

Las consultas y los comentarios, por un lado, y las informaciones y los reconocimientos sobre el Certamen en distintos medios de comunicación, por otro, han ido aumentando año tras año. Cada vez más, imágenes de anteriores convocatorias, conservadas en los archivos de este Museo, son requeridas para servir de base a proyectos de investigación, ilustrar diversas publicaciones y ser piezas señaladas en exposiciones.

Se han presentado noventa y un trabajos, con una calidad media excelente, reconocida unánimemente por el propio jurado, tanto en un sentido técnico como plástico. Encuadrados todos ellos dentro de los temas habituales de fiestas, ritos y celebraciones del medio rural y del urbano, que sigue aumentando paulatinamente, y dentro de una concepción bien “tradicional”, bien transformada por la nueva situación social. Siguen reflejadas en los trabajos la pérdida de muchas de estas actividades, de las que en próximos años sólo serán testigos estas fotografías (de hecho muchos de los personajes conservados en nuestros archivos ya no existen; ni ellos, ni su trabajo diario). Sigue manteniéndose vivo el mimo por lo que yo llamaba “construcciones”, que abarcaría todo lo referente a la arquitectura popular (precisamente el primer premio de este año estaría entre ellos) y, por último, las propuestas de carácter mucho más plástico, con composiciones realmente bellas, hechas a partir de objetos, colores, materiales y actividades populares.

La exposición de las obras premiadas y seleccionadas en el Museo del Traje. Centro de Investigación del Patrimonio Etnológico, culminación de cada convocatoria, que posteriormente se moverá por diversos lugares de la geografía española, tiene ya en la presente edición varias solicitudes para su exhibición, lo que es un nuevo dato demostrativo de la amplitud geográfica a la que está llegando.

Animo desde estas páginas a todos aquellos interesados para que no lo duden y se pongan “manos a la cámara” y nos aporten más conocimiento, técnica y belleza, si eso es posible, participando en la convocatoria de 2008. Muchas gracias a todos.

Juan Carlos Rico
*Museo del Traje. Centro de Investigación del
Patrimonio Etnológico*

La fotografía popular como patrimonio cultural

El Dr. Krüger decía en una conferencia en el Centro Chileno de Hamburgo en 1930:

“Sabemos que todos vivimos ahora en una época de transición, de transformación completa de lo heredado de nuestros padres, de lo tradicional, de lo antiguo. Debido a influencias diversas, lo autóctono, lo indígena de muchas regiones va retrocediendo, dando carrera a tendencias niveladoras y destructoras. Lo uniforme se va imponiendo a lo diferenciado, lo común a lo típico, lo banal a lo pintoresco, quitando a regiones y pueblos su nota característica, su sabor local, su historia. Cometeríamos una grave falta si no nos diésemos cuenta de este proceso que cada día va ganando más terreno, cada día se va revelando más fuerte y funesto. Que se queden los manuscritos dormidos en los archivos, no importa; pero lo que sí importa es salvar lo que de aquí a poco ya no puede salvarse. Las manifestaciones de las tradiciones regionales son testimonios de la historia de un país que hay que respetar como cualquier documento histórico de valor. Es poco el contrapeso que el trabajo personal de los investigadores puede oponer a la destrucción inminente. Pero más vale algo que nada”.

La época de cambios a la que se refería Krüger se hace cada vez más patente en los tiempos actuales. Cada año que pasa desaparece parte de esa cultura popular al mismo tiempo que desaparecen parte de esas personas que la transmitían. Quedan esos testimonios gráficos que van a ser de gran ayuda a futuras generaciones para comprender etapas relativamente recientes de nuestra sociedad. Rastreando en el contexto en que se producen las imágenes y aprendiendo a mirar a través de ellas, se puede tener un conocimiento más amplio del ser humano y de su cultura.

Si entendemos como patrimonio cultural el conjunto de bienes materiales e inmateriales, de un reconocido valor, que reflejan las tradiciones, la forma de vivir y de pensar de un pueblo, la fotografía popular, realizada fuera de estudios por gentes sin grandes conocimientos técnicos, carente de medios en la mayor parte de los casos cuyas principales características son la sencillez y la ausencia de pretensiones económicas y cuya finalidad primordial es documentar mediante testimonios gráficos la vida y los saberes de los pueblos, se encuentra entre los elementos que deben ser protegidos como bienes de interés general. Como dijo Sir Benjamín Stone que fundó en 1897 la National Photographic Record Association con el fin de documentar las ceremonias y las fiestas rurales inglesas que estaban en vías de extinción: “Cada aldea tiene una historia que podía preservarse por medio de una cámara”.

El impulso que ha llevado y que continúa llevándonos a los fotógrafos populares, es el dejar constancia de unas formas de vida que han desaparecido o que están a punto de desaparecer, de mostrar una cultura popular, entendida por una buena parte de la sociedad como una cultura inferior, al considerar que muy pocas creaciones populares son lo suficientemente “valiosas” como para ser incluidas en lo que se entiende por “cultura”.

En nuestra sociedad, está muy arraigado el prejuicio de que lo mejor, de lo que verdaderamente es “cultura” son las creaciones que llamamos arte: escultura, pintura, literatura, música, etc. Las manifestaciones artísticas que se caracterizan por su sencillez, con trazos decididos y bastante seguros que podemos encontrar en algunos elementos que forman parte de las construcciones populares (paredes, puertas, etc.) realizadas por gente anónima sin ningún tipo de formación artística, son ignoradas por buena parte de la sociedad actual a pesar de que sus obras han sido y continúan siendo fuente de inspiración para algunos artistas de renombre. Sin embargo, esas mismas personas eran consideradas unos auténticos artistas dentro del grupo social al que pertenecían. Lo mismo ocurre con los conocimientos transmitidos de generación en generación basados en la experiencia acumulada a lo largo de los siglos. En muchos casos son despreciados por profesionales que se creen pertenecer a una cultura superior, elitista, a la que tienen acceso un grupo minoritario de personas que jerarquizan los elementos culturales y que rara vez hacen trabajos de campo, dedicándose únicamente a recopilar, examinar y comparar las informaciones que reciben de otras personas.

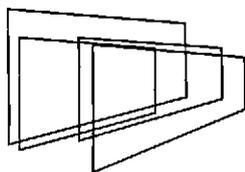
La fotografía popular, generalmente de una calidad técnica inferior a la realizada por profesionales, es capaz de transmitir unas emociones y unas sensaciones al espectador difícilmente superable por otras obras. La imagen, con ayuda del texto, se convirtió en un instrumento inmejorable para aproximarse al conocimiento de un determinado grupo social. Sus imágenes han preservado y continúan preservando la memoria visual de una determinada época. Las personas, las comunidades, las costumbres, los hechos sociales, y sus paisajes son fuentes imprescindibles en la investigación histórica y antropológica, posibilitando con ello nuevos descubrimientos e interpretaciones sobre nuestro pasado y presente. Alguna de estas imágenes se han convertido en verdaderos iconos fotográficos.

Otro aspecto muy importante de la fotografía popular, realizada por fotógrafos ambulantes que se desplazaban por los pueblos, era la de servir de testimonio de los acontecimientos más relevantes de un determinado grupo social. Este tipo de fotografías eran principalmente solicitados por la población rural, especialmente por aquellas familias que tenían algún miembro emigrado. Los nacimientos, bautizos, bodas, reuniones e incluso funerales que se comunicaban en las cartas, iban acompañados por una fotografía, la cual certificaba que todo lo que se comunicaba en la carta era verdad.

Todos estos ejemplos y muchos más que se podían haber citado sirven para comprender la importancia de la fotografía popular como un bien patrimonial común que ha jugado y continúa jugando un papel de primer orden en el objetivo de documentar la forma de vida en cada momento. La recuperación, la divulgación y la protección de este tipo de documentos debe entenderse como una actividad prioritaria por parte de la Administración. Un bien patrimonial un tanto ignorado y muy poco estudiado que ejerce una atracción directamente proporcional a su conocimiento.

Cicerón, refiriéndose a las pinturas nuevas en comparación con las viejas, reflexionaba: “Aunque a primera vista nos cautivan, el placer no dura, mientras la misma tosquedad y crudeza de las antiguas pinturas mantienen su poder sobre nosotros”. Esta reflexión se puede, a mi entender, extrapolar a las fotografías populares.

Luis Higinio Flores Rivas
*Ganador del primer premio del Certamen de Fotografía sobre
Cultura Popular de 2006*



Reportajes premiados

Mimando el agua

Jesús Antonio Rodríguez Pérez

Primer premio

Cada vez con mayor convicción vamos tomando conciencia de que nuestra moderna forma de vida provoca desequilibrios naturales cuya gravedad aumenta y que, tan sólo hace unos pocos años, únicamente eran anunciados por un puñado de personas cuya visión futura se nos antojaba catastrofista. El crecimiento exponencial de la población mundial y el consumo de todo aquello que nos hace la vida más fácil amenaza con agotar recursos que creíamos casi inagotables.

Uno de los elementos cuya escasez nos debe preocupar más, por ser imprescindible para la vida, es el agua potable.

Ahora que abundan campañas de sensibilización para fomentar su consumo responsable, sería bueno tomar como ejemplo las soluciones aplicadas en aquellos lugares en que su escasez ha sido y es algo crónico.

El explotación de cursos naturales o de las aguas subterráneas ha permitido el desarrollo humano en toda nuestra geografía. Pero, ¿y en aquellos territorios donde no existen esos recursos? La única solución ha sido, desde siempre, el aprovechamiento del agua de la lluvia. Lógicamente, el carácter imprevisible de las precipitaciones obliga, por un lado, a captar y, por otro, a almacenar el máximo volumen posible. Utilizar la superficie de un patio o una terraza y encauzar el agua allí caída a una cisterna subterránea es un sistema empleado en muchas viviendas de la España seca.

Pero, si en algún territorio esa técnica debía ser, si cabe, más efectiva es en la isla de Menorca. Aquí no existen fuentes donde acudir, aún a costa de un largo desplazamiento, para recoger agua; tampoco los poco más 300 metros de altura de cota más elevada y la escasa superficie insular permiten la existencia de ningún río. Por eso, aquí sí era absolutamente indispensable aprovechar al máximo la superficie de recogida.

Es así como incluso los tejados de las casas son utilizados para ese fin. Además por su condición de área más limpia, al no tratarse de zonas de paso de personas y animales, el agua caída en ellos es de mayor pureza y, por lo tanto, si cabe, más valiosa.

Y aquí surge además otra dificultad: como es habitual en los hogares populares, y más en los del arco mediterráneo, la vivienda no es exclusivamente un gran volumen que concentra todas las dependencias, sino que las sucesivas necesidades y usos han obligado a su ampliación añadiendo nuevos cuerpos al conjunto, adosados o no al principal, y con diferencia en altura con aquél.

La solución aplicada por el ingenio popular a este problema consiste en la inserción de hileras de tejas árabes en las fachadas que reciben vertido de los diferentes tejados. Con la parte cóncava hacia arriba para recoger el agua y con la adecuada inclinación, dirigen el agua hacia el lugar idóneo de la fachada, desde donde se canaliza ya en vertical al aljibe subterráneo o a otro tejado situado en un nivel inferior. También, en muchos lugares, para lograr este encauzamiento vertical se prescinde de tubería, utilizando en su lugar otras tejas, empujadas en posición más inclinada y enfrentadas unas con otras de manera que la superior dirige el chorro hacia la situada más abajo que, a su vez, repite el proceso a otra... y así hasta que se consigue hacer llegar el agua hasta la boca de la cisterna.

Dicho de este modo, parecería que todo este conjunto de tejas encajadas en las paredes de las casas formando líneas descendentes y zigzags desordenados sería poco estético. Pero, como sucede en tantas manifestaciones populares, la solución adoptada para resolver una necesidad también aquí ha creado un resultado atractivo, al cual contribuye, sin duda, el encalado que recubre no sólo los muros sino incluso las propias tejas conductoras.

Tal es así que numerosas construcciones turísticas actuales han adoptado como adorno esta decoración y rompen la uniformidad de sus blancas fachadas con tejas embutidas simulando las canalizaciones tradicionales.

Y así, por toda la isla, la asimetría de las *canals* continúa, como hace siglos, mimando el agua.











El pernalero (Minaya - Albacete)

Abelardo Peinado Villodre

Segundo premio

Con los primeros calores del verano, días de siega y trilla, hacía su aparición el pernalero.

Era preciso poner a punto todos los utensilios y herramientas a emplear durante las intensas e interminables jornadas en la era, y en esos menesteres, la labor del pernalero era importante. “Si la trilla no muerde bien, échale vueltas y vueltas a la parva. Te puede durar más que un día sin pan”.

Recorría los pueblos, iba de era en era con su espuertilla llena de pernalas (pequeños trozos de pedernal), su baleo de esparto para protegerse del filo de las mismas, su maza de madera y alguna herramienta más. Su trabajo básicamente era recomponer las trillas.

El procedimiento era bien sencillo: con una maza y un puntero de punta curva extraía las pernalas rotas, o aquéllas tan gastadas que habían perdido el filo. A continuación en cada hueco vacío introducía una pernala nueva, cuidando que el tamaño de ésta encajara perfectamente en la madera. Tras pequeños golpes con la maza, y una vez la pernala bien sujeta, cogía un pequeño martillo de hierro y con suaves y certeros toques sobre la misma, iba desprendiendo diminutas esquirlas hasta conseguir un buen afilado.

Entre canturreos y alguna que otra maldición cuando el martillo majaba en sus dedos, repetía este proceso hasta conseguir que los cientos de pernalas que componen una trilla quedaran perfectamente dispuestas.

Y al terminar la faena, si el cliente daba el visto bueno, cobraba su trabajo y se despedía con un “con Dios, hasta el año que viene”.

Con la llegada de la maquinaria para cosechar y la paulatina desaparición de los métodos de trilla tradicional, el trabajo del pernalero se fue reduciendo. Y a finales de la década de los setenta, un buen año ya no apareció.

Afortunadamente quedan gentes en algunos pueblos de la geografía española, que un poco por añoranza y un poco por la fuerza de la costumbre, todavía echan mano de la trilla tradicional en algunas ocasiones. Es el caso de Tono, un agricultor de Minaya, un pequeño pueblo de la provincia de Albacete, que de vez en cuando, superadas las prisas propias de sus quehaceres del verano, recompone su vieja trilla para trillar un par de parvas con el fin de guardar paja fresca para algún animal doméstico. Y también, por qué no decirlo, por la insistencia de algunos que andamos siempre con la cámara al hombro.











El peluquero de la Virgen

Frederic Pierre Jean-Marie

Tercer premio

Desde el punto de vista antropológico, es decir, visto el hombre en su consideración física y moral, la elección de un tema en la cultura popular recoge un abanico de amplio espectro, si bien los hay de tal contenido que, por su permanencia oculta, le hacen merecedores de su entrada en la categoría de lo tradicional.

Es el caso de la figura del peluquero de la Virgen (siempre entre bastidores), un artesano en el cuidado del cabello de la iconografía de imágenes religiosas que emergen en manifestación del fervor por los pueblos y ciudades de la geografía española.

Un personaje a medio camino entre la mística y la estética.

Cualquier persona no es el peluquero de la Virgen. El peluquero conoce a la Virgen en su intimidad (a veces la ha visto despojada, sin ornato, y apenas osa comentarlo), el peluquero tiene trato directo con el Altísimo, la Virgen, Madre de Dios, le otorga su confianza, por lo que si el peluquero no es un ser piadoso, al menos está cerca de serlo, siendo considerado por los miembros de su comunidad como persona de honorable prestigio. El peluquero, amén de curas y monjas que le abren cancelas, está muy próximo también a otros personajes que componen el cuadro religioso hasta que el pueblo admira la representación, tan protagonistas como las camareras y/o camareros de la Virgen, al cuidado y vestido de las imágenes.

El peluquero además de su condición de hombre cabal maneja como nadie el cabello y conoce los secretos de darle forma a la antigua. Como a una doncella le agradaría que le compusieran los bucles, tirabuzones, ondas y sortijillas en que queda compuesta la larga y espesa melena de la “Más Hermosa”. Él ordena el cabello de la divinidad, lo que le otorga una camaradería, una familiaridad con lo omnipotente que pocos mortales poseen. Una merced que él devuelve trasformada en la fidelidad y la prudencia de sus actos y sus palabras, cual confidente y fiel vasallo, con la honra de servir a la “Más Alta Señora”.

El peluquero de la Virgen ha heredado la sabiduría y el quehacer de los que le precedieron. Por eso prepara con toda solemnidad el instrumental a solas, en la intimidad del claustro, sobre los immaculados tejidos de hilo que las monjas o la autoridad eclesiástica le procuran.

Ahí están las diferentes tenazillas, los geles naturales, las ceras, para los diferentes peinados de la Virgen, ungidos y trabajados al calor de la mecha de una vela.

Una vez que el rito de los utensilios se realiza elige cuál peluca componer.

Sus dedos immaculados, ágiles como alas de paloma, obran la magia sobre la donación de cabellos de las más devotas damas, hasta conseguir que cada tirabuzón sea único, de perfecta factura y destacada derrama entre los infinitos esculpidos por la cascada de la espalda.

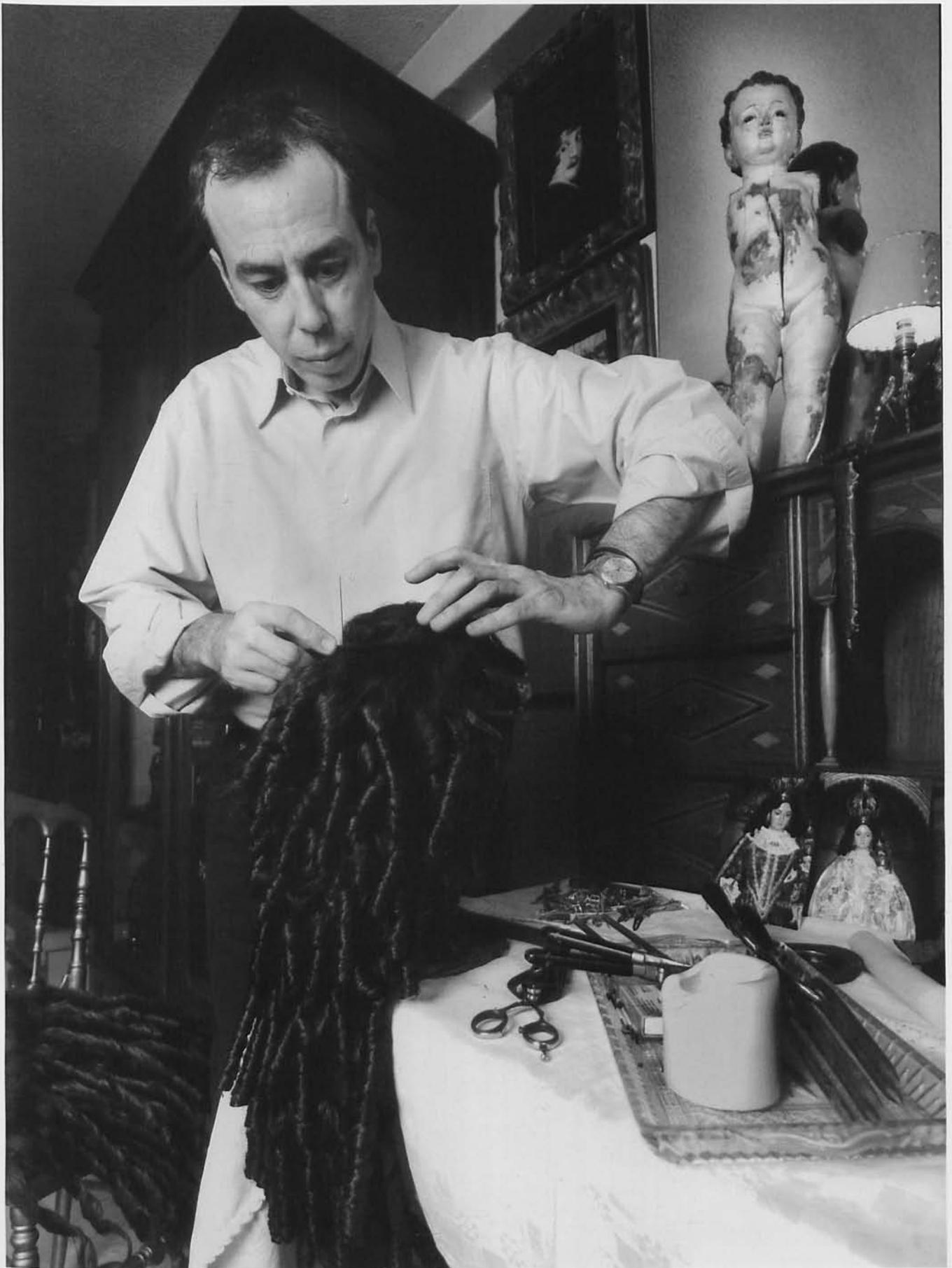
Hay tradiciones que se pierden.

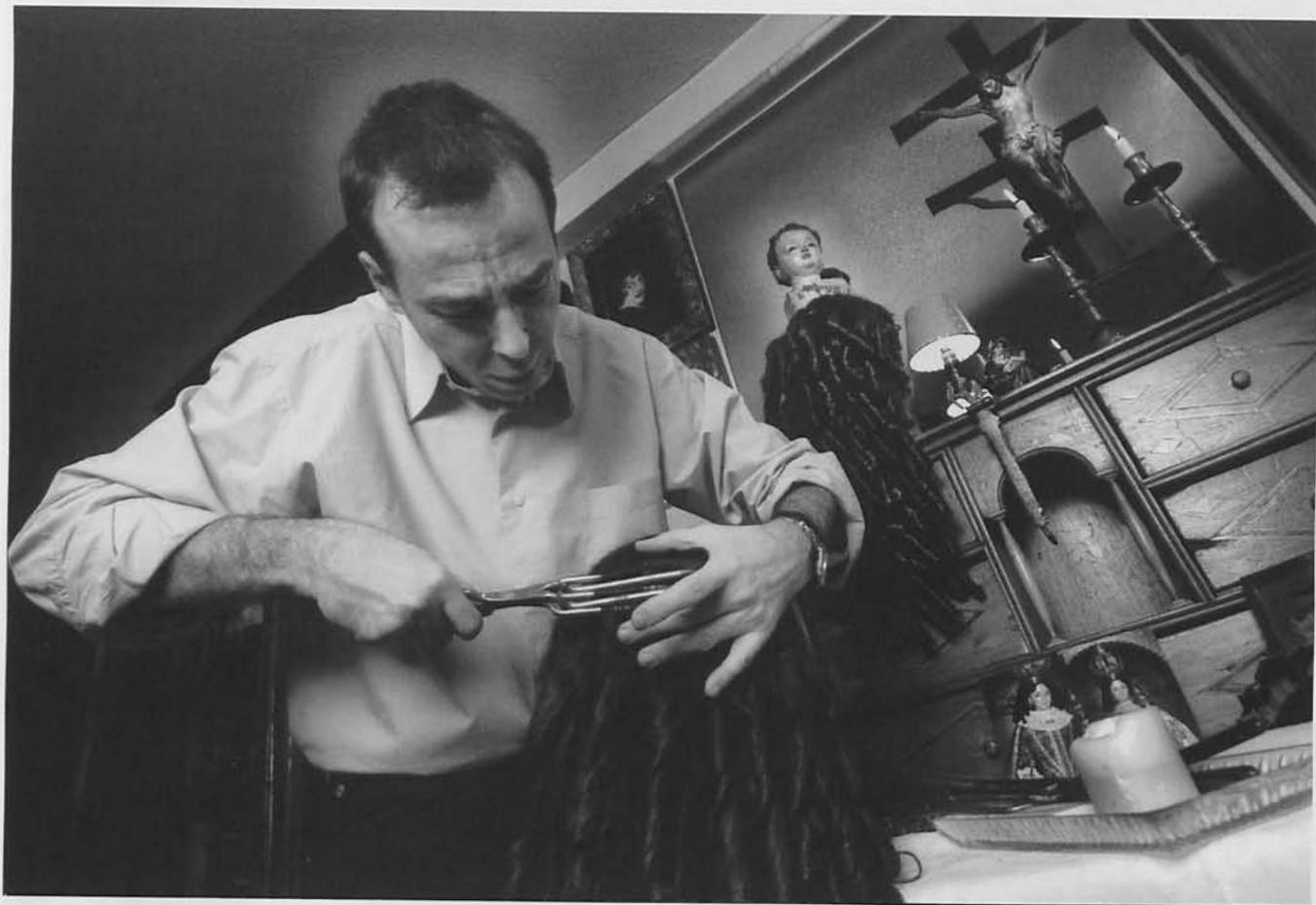
Hoy muchas Vírgenes ocultan su cabello bajo el manto. Otras lo incluyen en la propia talla, aunque sigan existiendo Vírgenes privilegiadas que exhiben orgullosas cada hebra, gracias al buen hacer de su peluquero.

Ser peluquero de la Virgen es una tradición recogida de antaño que sólo persiste en unos pocos lugares orgullosos de saber conservarla, fieles a su contemplación arrebatada, que al paso, arranca piropos que nacen del alma: ¡Guapa! ¡Guapa!











Mención honorífica

Orhipean

Pedro Miguel Hernández

La localidad navarra de Ochagavía celebra el primer fin de semana de septiembre la fiesta Orhipean en la que recordará cómo se vivía en el valle de Salazar hace un siglo. Lavanderas, hilanderas, ganaderos, niños jugando al aro, tratantes y numerosos personajes más transformarán las calles de Ochagavía y ofrecerán a los visitantes una imagen muy real de cómo era la vida cotidiana en los valles del norte de Navarra a principios de siglo.

La idea surgió en 2001 como la fiesta de los oficios y las tradiciones, y desde entonces durante un fin de semana se puede disfrutar en Ochagavía de artesanos que muestran sus oficios, hoy casi perdidos, y de tradiciones de todo el Pirineo como danzas, juegos...

La fiesta comienza la víspera (viernes) a las nueve de la noche cuando el alguacil da lectura al pregón de la fiesta. Una hora más tarde, en la plaza Blankoa se proyectará un vídeo y se representarán los juicios de conciliación para, después, continuar con una ronda por las calles de Ochagavía.

Son los propios vecinos y vecinas de la localidad quienes se encargan de organizar la fiesta y de participar en ella recreando por distintos rincones del pueblo los oficios y las tradiciones, hoy prácticamente perdidos. Por cuadrillas se encargan de recrear el trabajo.

Al día siguiente, el bandeo de las campanas anunciará el comienzo de la jornada festiva que se iniciará con un almuerzo de migas, plato típico de los pastores de la montaña. Durante todo el día -de 9:30 a 14:00 y de 17:00 a 20:00-, quienes se acerquen a Ochagavía podrán conocer el trabajo de las hilanderas, el *matatxerri* (matanza del cerdo), cómo lavaban las mujeres en el río o el modo de elaborar el pan y los quesos hace un siglo. También verán mujeres azotando lana, hombres trillando, cómo se hacen cordeles, la manera de marcar el ganado y carboneras en activo. Ganaderos y tratantes escenificando sus negocios, dentistas y barberos de hace un siglo y niños jugando al aro y a otros juegos centenarios completarán el escenario en el que participan todos los vecinos del pueblo que, además de ir ataviados con la indumentaria de la época, ambientan cuidadosamente sus casas y tabernas para recordar cómo era la vida cotidiana en 1904.

En el apartado de ocio, los más pequeños podrán recrearse con juegos de la época, como la torta, el marro, aros, hínque o goitiberas. Pero también los mayores podrán ensayar modalidades de pelota o el juego de la calva. Tampoco faltarán las meriendas en cuadrillas, los cantos populares, los bailes o la taberna, fiel al mobiliario y la decoración de la época aunque, siguiendo las normas al uso en 1907, estará prohibido fumar y blasfemar.

En este sentido, en Ochagavía se ha realizado un minucioso estudio sobre libros y fotografías antiguas y se ha creado un taller de confección que asesora a los participantes para crear sus vestimentas. Incluso este año la organización invita también a los visitantes a que se vistan como antaño para reducir el impacto que producen los colores vivos. Además de la ambientación general del pueblo, se habilitará la entrada de alguna casa para exponer diferentes piezas con valor etnográfico. Asimismo, varios paneles distribuidos por las calles informarán sobre la economía y la vida social de 1900. También habrá una exposición sobre la vida de Ochagavía en aquella época en la que se podrán ver indumentarias de trabajo y de fiesta, herramientas, objetos domésticos, remedios caseros y fotografías antiguas.

La fiesta está organizada por una comisión de los habitantes de Ochagavía y cuenta con la colaboración del Ayuntamiento y del Departamento de Turismo del Gobierno de Navarra.











Reportajes seleccionados

Manuel Martínez Viera

La piel del bosque

Herminio Martínez Muñiz

Las duras condiciones estivales impuestas por el clima mediterráneo a la vegetación que vive bajo su influencia, ha dado como resultado una serie de adaptaciones con las que poder hacer frente a esta adversidad.

En efecto, ceras especiales que recubren la superficie de sus hojas con objeto de ocluir los estomas y así reducir la pérdida de agua por transpiración, lignificación de gran parte de la planta con el mismo fin, profundas raíces en busca de humedad, etc., son sólo algunos de los mecanismos puestos en marcha para sobrevivir en estas condiciones.

Del mismo modo, también han creado otro tipo de mecanismos para protegerse de otro efecto de la sequía estival, el fuego.

Algunas esparcen sus semillas ante la presencia del calor, otras rebrotan con fuerza una vez que el fuego arrasó su parte aérea y algunas se revisten de una gruesa piel que salve sus partes vitales del abrasador enemigo, como en el caso del alcornoque.

La Península Ibérica, especialmente en su cuadrante suroccidental, está poblada por espesas masas de este singular árbol que bajo formación de dehesa en las partes menos abruptas o pies rodeados de apretado matorral en barrancos y despeñaderos, conforman uno de los bosques más rentables de la ribera norte del Mediterráneo occidental.

Desde siempre la densa piel quebrada de los alcornoques, supuso para el hombre un producto con el que confeccionar numerosos utensilios de primera necesidad.

Cómodo de extraer, fácil de trabajar y con unas peculiaridades físicas extraordinariamente versátiles, pronto se convirtió en un producto altamente rentable sobre todo cuando se explotó de manera industrial, desde mediados del siglo XIX, siguiendo una serie de normas más o menos estandarizadas.

Salvaguardando siempre la integridad del árbol, cada 8 o 10 años según las zonas y climatología, los corcheros penetran en la espesura a finales de primavera y primera parte del verano para arrancar al bosque su piel más preciada. Atravesando densas formaciones de matorral, subiendo empinadas laderas, trasponiendo cordales aparentemente inalcanzables, las cuadrillas al mando de un capataz y seguidas por recuas de mulas, acceden a los lugares más recónditos del monte.

Con un extraordinario manejo del hacha, los corcheros van clavando la hoja con extrema precisión, profundizando el corte sólo lo necesario con el fin de no llegar hasta la capa madre o *cadmium*, lo que provocaría al árbol severas heridas, debilitamiento general e incluso la muerte. Golpe a golpe, van abriendo un canal en la corteza a lo largo del fuste mientras, con el mango hábilmente manejado, despegan las planchas de corcho.

Poco a poco el bosque de alcornoques va quedando despojado de su gris cubierta, mostrando la pálida desnudez de su interior.

Por su parte, los recogedores transportan sobre sus hombros las panas de corcho ya despegadas, apilándolas en determinados lugares a los que acceden las mulas. Allí el rajador se encarga de trocearlas para que no se deterioren durante el transporte, mientras los arrieros las cargan a lomos de los animales.

Las recuas acarrear el corcho hasta el patio de corchas, donde es pesado, clasificado y apilado según su calidad y cargados en camiones que lo llevan hasta la factoría.

Todo un conjunto de oficios transmitidos durante generaciones que pueden correr el riesgo de desaparecer si la materia prima se devalúa al ser sustituida, como viene ocurriendo últimamente, por otras de carácter artificial como consecuencia de intereses comerciales.

El reportaje fotográfico fue realizado en la mayor masa de alcornoques que quedan en nuestro país, en la provincia de Cádiz, siguiendo por el monte a las cuadrillas de corcheros, en el contexto de una filmación que se realizó para un documental contra los incendios forestales promovido por la Junta de Andalucía.











La matanza

Vicente Ansola Trueba

Antes del amanecer comienza esta ancestral costumbre que aunque pueda parecer algo cruel ha unido en el pasado y aún hoy a familias, vecinos y pueblos en un rito que antaño era sinónimo de supervivencia.

El hielo y la escarcha cubre los caminos, el sol se despereza iluminando a contraluz alientos humanos, fuego y humo y todos los vecinos juntos se ayudan en la matanza de los cerdos negros de una de las familias, la semana que viene le tocará a otra familia y así hasta que todo el pueblo tenga bien repletas su despensa.

Más tarde todos se confraternizarán en la llamada prueba y después se reunirán en la mesa para comer y disfrutar el fin de un agotador día.

Acontecimiento familiar y social era, y posiblemente sigue siendo, en algunos lugares el acontecimiento más extraordinario del año.

Es un poco complicado resumir en unas pocas fotografías la matanza, la muerte del cerdo, el desangrado, el chamuscado, el pelado, despiece, mujeres y hombres trabajando en diferentes tareas que duran todo un día, la fiesta final, las botellas de anís, brandy, aguardiente, etc., este ritual de sangre y olores que ha estado profundamente arraigado a la cultura de nuestro país e indiscutiblemente creó un gran vínculo entre el hombre, el animal y la supervivencia.

El espectáculo visual que queda tras colgar tocinos, jamones, lomos, morcillas, cielos rojizos de chorizos y esos olores que perfuman cocinas, bodegas, desvanes, es único.

Después, entre humos y charlas de cocinas, van curando los productos entre tardes de chácharas y juegos de cartas en familia.

Perdonad pero me voy a preparar un bocadillo de chorizo con un vinito para merendar.



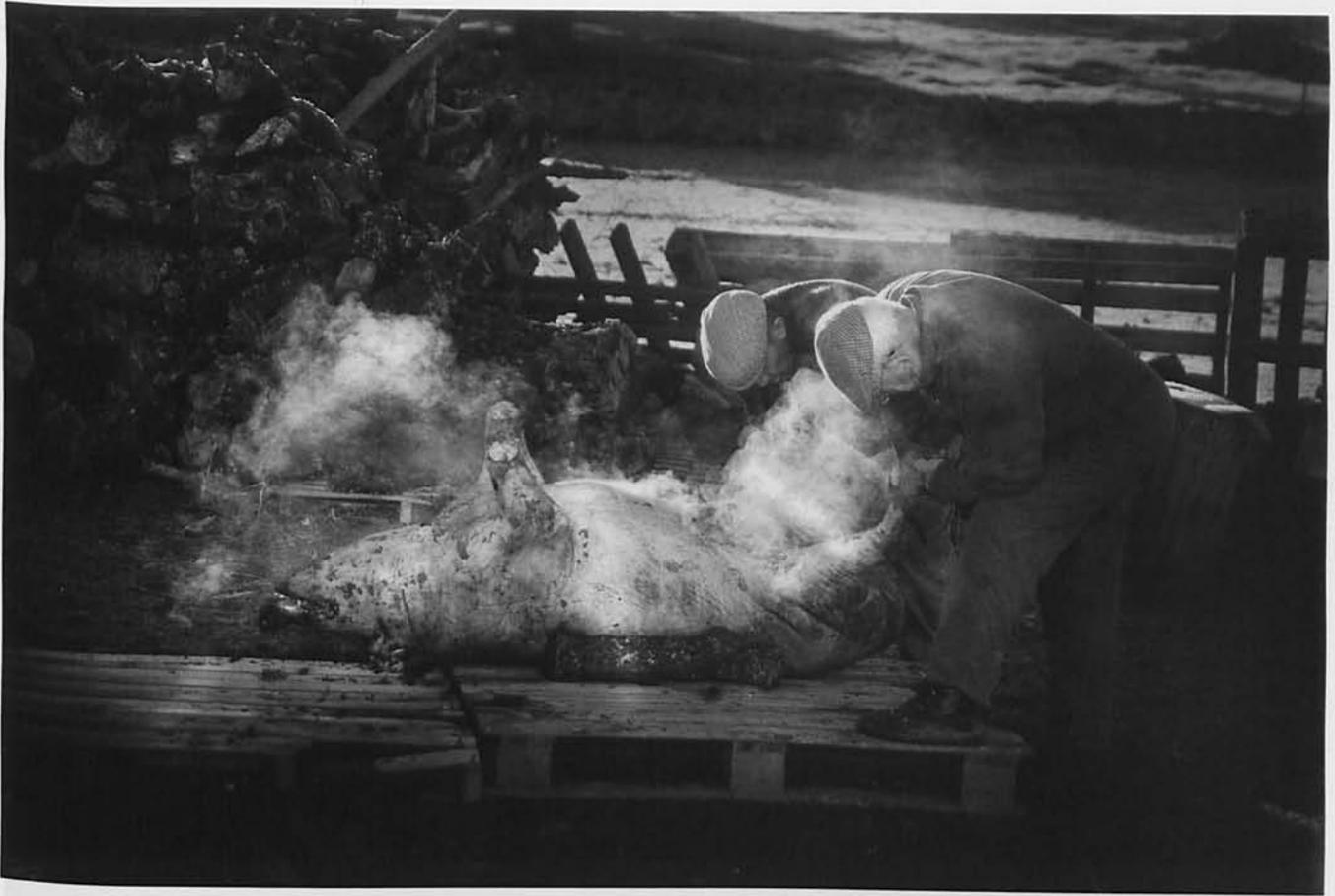
Antes del amanecer comienza esta ancestral costumbre que siempre queda presente algo como un eco en el pasado y aún hoy a familias, vecinos y pueblos en un río que actúa como testigo de supervivencia.

El fuego y la estufa sobre los chimenes, el sol se despierta lentamente iluminando algunas lunetas, fuego y humo y entre las vacas juntos se ayudan en la manera de los tradicionales de una de las familias, la serpiente que viene le llevará a otra familia y así hasta que todo el pueblo tenga sus propios en despierta.

Más tarde viene el amanecer en la llanura grande y el pueblo se levanta en la mesa para comer y disfrutar el fin de un apacible día.

Al amanecer las familias y vecindario se reúnen en algunos lugares al amanecer con sus propios del río.









A rapa das bestas
en A Cañiza
(Pontevedra)

María Luisa Pérez Maza

A lo largo de todo el verano, se celebran en numerosos lugares de Galicia la tradicional *A rapa das bestas*. El reportaje fotográfico que presento se realizó el último domingo de agosto en A Cañiza (Pontevedra). La rapa consiste en la recogida de todos los caballos y yeguas salvajes que pastan en estado de semilibertad en los montes gallegos, para cortarles las crines y marcarlos con los correspondientes hierros de propiedad que cada familia posee desde hace generaciones.

La concentración de los caballos puede durar horas, desde antes del amanecer, cuando los jinetes acuden al monte en sus propios caballos para reunir las manadas libres, y llevarlas al redil llamado *curro*, donde se realiza toda la operación. Este redil, similar a una plaza de toros, aunque de planta rectangular, suele ubicarse en lo alto de la montaña, en un lugar completamente apartado de los pueblos, ya que la traída de los caballos se realiza desde las altas montañas circundantes.

Una vez que están dentro del *curro*, los caballos son atrapados uno por uno mediante un lazo, y puestos en tierra con gran agitación, por parte de animales y hombres, entre nubes de polvo y un fuerte olor a caballo salvaje, acentuado por el olor a pelo quemado que inunda el ambiente cuando los caballos son marcados.

Se trata de un espectáculo de lucha ancestral del hombre con el caballo salvaje. Una forma de medir las fuerzas para muchos adolescentes, casi como si se tratara de un rito de iniciación hacia la madurez, tanto para los muchachos como para los caballos jóvenes, a los que se les hace una marca en la oreja. El espectáculo no está exento de una cierta violencia generada por esa lucha humana contra la rebeldía del propio animal, que se resiste a ser capturado y marcado. Esto está en conexión directa con numerosas tradiciones ancestrales de Galicia, que se podrían remontar incluso a tiempos prerromanos de la Edad del Bronce.

Resulta sorprendente cómo cada familia reconoce sus propios animales marcados el año anterior, cuyas marcas apenas son reconocibles a simple vista para el espectador foráneo.

En torno a este evento se concentra una gran cantidad de gente de los pueblos vecinos, que participan del festejo, reuniéndose a lo largo del día para almorzar y merendar los productos típicos de la región, como el pulpo *a feira*, la empanada gallega y los numerosos dulces y aguardientes que son llevados hasta el *curro*, en lo alto de la montaña, por los campesinos y tenderos.

Llama poderosamente la atención la fuerte unión que mantiene la población rural de Galicia, aún muy apegada a sus tradiciones. Una simbiosis entre el hombre y la naturaleza que se ha perdido en muchos otros espacios, y que aquí sigue vigente como un rasgo de identidad de estas gentes.



A la izquierda del cuadro se muestra al jinete de profesión Miguel Rodríguez, quien se encuentra en el momento de montar al caballo. En el centro se observa al jinete de profesión Juan Rodríguez, quien se encuentra en el momento de montar al caballo. En la parte superior del cuadro se muestra al jinete de profesión Juan Rodríguez, quien se encuentra en el momento de montar al caballo.

El jinete de profesión Juan Rodríguez, quien se encuentra en el momento de montar al caballo. En la parte superior del cuadro se muestra al jinete de profesión Juan Rodríguez, quien se encuentra en el momento de montar al caballo.









Salinas

Pedro Miguel Hernández

Salinas de Oro es un pueblo navarro situado en el Valle de Guesalaz. Es el último pueblo que todavía se dedica a la recogida de sal natural. Otros pueblos como Salinas de Monreal, Salinas de Pamplona, Arteta, Aguilar de Codés, corrieron peor suerte y ya no se explotan sus saleros.

En épocas pasadas, cuando la producción de sal estaba en su apogeo, en este pueblo vivían más de 120 vecinos y ahora apenas llegan a los 39 habitantes.

En su época dorada, la sal fue un negocio muy rentable económicamente. De hecho, todas las familias adineradas de la zona tenían salinas propias e incluso los pueblos vecinos procuraban hacerse con alguna era de sal.

En los años 50, cuando los jornales ascendían a 25 o 30 pesetas/día, en las salinas se pagaban 50 pesetas/día, trabajando 60 horas semanales y evitando las horas de sol (de 11 a 17 horas).

Tres fuentes manan agua salada en este pueblo, siendo uno de los que dispone de más agua salada de todo el país (120 m³/día).

Hoy en día sólo dos familias restan dedicadas a este menester, regentando dos salinas (la familia Nuin y la familia Gironés). Sólo las trabajan durante los meses de mayo a septiembre, debido a su situación geográfica, 645 metros de altitud sobre el nivel del mar. Actualmente representa tan sólo una pequeña ayuda económica dado que como explotación resulta inviable.

EL PROCESO

Una vez recogidas las aguas saladas en un pozo, por medio de largas gomas se va distribuyendo el agua en las diferentes eras o saleras, perfectamente escalonadas con pequeños desniveles para que el agua vaya pasando de una a otra ayudada por un adaro de madera hasta llegar a la altura deseada (normalmente 2 cm). Estas saleras de cemento ocupan una superficie de 16 x 16 metros.

Al día siguiente se remueven con los adaros de hierro para que la sal no se quede apelmazada ni apegada a la base de cemento de la era. A partir de los 25° C el agua comienza a evaporarse quedando sólo la sal. Transcurridos varios días la sal se recoge en cestos de goma, era por era, mediante una pala. Se deja reposar durante varias horas para que los cestos de goma perforados permitan eliminar las últimas gotas de agua.

La sal natural, blanca como la nieve, que cubre el pueblo y sus montes de alrededor durante el invierno, sin ningún tipo de anti-apelmazante, es transportada a los almacenes (sileros) donde será vendida para su utilización en la preparación de salazones, cueros..., con la diferencia de que ya no tienen que pagar aranceles como antiguamente ya que en la actualidad no es un artículo de lujo ni una muestra de poder sino que representa tan sólo una tradición que se mantiene por "herencia familiar" ya que no existe ningún tipo de ayuda o subvención para unas salinas que en su tiempo eran de "oro". Salinas de Oro.











Domingo, el piñonero

Sebastián Martín Ruano

En la década de los noventa del siglo pasado acompañamos en su tarea y fotografiamos muchas veces a Domingo, el último piñonero de Garrovillas. Dos son los protagonistas de nuestra historia, el pinar y el piñonero. Unidos ciertamente. El hombre hizo el ecosistema y los beneficios son mutuos.

Los pinares de Garrovillas en la provincia de Cáceres son un hábitat único por su calidad y extensión. Posiblemente los romanos aprovecharon estos suelos arenosos para plantar el *pinus pinea* del que aprovechaban la madera y sus ricos piñones a los que incluso atribuían propiedades afrodisíacas. Hoy, el pinar de Garrovillas tiene una gran importancia ornitológica. Está considerado zona de protección especial para aves debido a que las escasísimas cigüeñas negras aprovechan estos altos pinos para emplazar sus nidos. Una especie en peligro de extinción.

Domingo pertenece a una familia que desde generaciones vivía del noble oficio de la recolección de piñones. En nuestras salidas mucho aprendimos de él: los ciclos de los pinos, las labores para mejorar el pinar, los árboles notables, cuándo había que replantar, los más hermosos rincones del bosque, los nombres tradicionales de las aves... Nos contó historias hermosas y trágicas. Como cuando su padre tuvo múltiples fracturas al caer de un alto pino y la familia tuvo que vivir del caldo que soltaban los chorizos que les prestaban. Domingo sobre todo nos transmitió su gran amor al pinar, a su tierra. Tuvimos la suerte de poder fotografiar este noble oficio en su forma más pura. Como se había hecho siempre. Un trabajo con usos que nos llevarían directamente al Paleolítico, cuando los seres humanos recolectaban lo que les daba la Tierra.

Entrado el siglo XXI Domingo se resiste a retirarse. La vida y las leyes han mecanizado una labor que en estos años pasó de proceso cultural a modo industrial. Aprovechando la convocatoria de este concurso rescatamos estas fotografías de Domingo y su pinar para mostrarlas y que sirvan de testimonio de lo que puede ser la convivencia armónica con el entorno de un oficio que, como la cigüeña negra, también está prácticamente extinguido.

Hacemos una breve síntesis fotográfica de los momentos más significativos del proceso:

1. EL PINAR

Domingo subía con maestría a los grandes pinos que a veces superan los 30 metros gateando con gruesas sogas. Una vez arriba se desplazaba con armonía y seguridad por la copa del árbol hasta alcanzar las piñas más alejadas. Sin miedo pasaba de unos pinos a otros para continuar la labor.

2. LA PARVA

Las piñas se tienden en una era que suele ser una gran piedra de granito. Se aprovechan las primeras luces del alba para tostarlas en el fuego. Este proceso permite abrir las duras piñas y da un sabor inconfundible a los piñones. En la tarea se utiliza una gran vara para mover la parva.

3. EL RABO

A las piñas recién sacadas de la lumbre se le arranca el "rabo". Domingo emplea en la labor una pequeña barra metálica que maneja con maestría. Las piñas van pasando a un cesto de mimbre.

4. EL CANTO

Las piñas calientes se machacan con una piedra redondeada, con un canto. Se sueltan los piñones pero no se abren. En más de 25 años fotografiando tradiciones del mundo rural extremeño nunca encontré momento que nos acercara más al universo de nuestros ancestros que la imagen de las manos de Domingo manejando tan elemental herramienta.

5. LAS CRIBAS

Finalmente se pasa lo que queda de las piñas por cribas de progresivos calibres y formas para finalmente separar los piñones. Limpios los piñones, Domingo acudía a los pueblos cercanos con su costal a venderlos en raciones medidas en peculiares recipientes de madera. Quedan en nuestra memoria de niños los frescos y ricos piñones que comíamos en las fiestas del verano. ¡Ésa es otra historia!

DATOS TÉCNICOS

El trabajo está realizado con cámaras Nikon (FM y FE-2), objetivos Nikkor (24, 50 y 105 mm) y película Kodachrome 64.











El Bruc:
*La festa
del timbaler*

Sergio Álvarez Calzada
y Javier Calzada Durán

Seis de junio de 1808, las tropas napoleónicas se dirigen a Lérida y Zaragoza. A su paso, tienen orden de ocupar las ciudades barcelonesas de Manresa e Igualada, zonas estratégicas, y de momento avanzan sin resistencia. A la altura de El Bruc, a las faldas de Montserrat, son atacados por las guerrillas catalanas, inflamadas del espíritu del levantamiento del dos de mayo que inmortalizó Francisco de Goya. Los catalanes están en inferioridad numérica, pero han preparado bien la emboscada y cuentan con el factor sorpresa. Los oficiales franceses tocan retirada.

El 14 de junio los franceses fuerzan un segundo enfrentamiento. Los tercios catalanes, entre soldados y somatenes, siguen en inferioridad numérica y ya no cuentan con la sorpresa, pero ahora tienen artillería. Se consigue una segunda victoria y algo tal vez más importante: el mito de la invencibilidad de los ejércitos de Napoleón queda en entredicho. Los invasores serán rechazados.

Casi dos siglos después, El Bruc sigue siendo un hermoso pueblecito a las faldas de Montserrat, en la comarca barcelonesa de l'Anoia. Hace ya ocho años que los brugenses celebran, el primer domingo de junio, *La festa del timbaler* (La fiesta del Tamborilero) para recordar aquellos días de lucha en la guerra contra el francés.

Es ésta una fiesta joven, pero carismática, a la que acuden importantes grupos de recreación histórica, españoles y franceses, para reproducir la entrada de las tropas napoleónicas y su posterior rechazo por los campesinos y soldados catalanes, que cierran filas alrededor de la figura del joven tamborilero. Representa este tamborilero la sencillez de la gente de la tierra, su valor y su amor por la libertad.

Es ésta una fiesta alegre, intensa, emotiva, que a través de la recreación de una batalla, celebra la hermandad de los pueblos entre este y aquel lado de los Pirineos. Es decir, la simulación de la guerra se convierte en testimonio dinámico y palpable de la paz.

Es ésta una batalla entrañable, jocosa, divertida, donde el humor es el soldado que más destaca. Donde los franceses hacen aspavientos arrogantes, donde los catalanes provocan y burlan, donde los ojos pícaros y risueños de unos y otros quedan ineludiblemente grabados en la retina y reproducidos en el papel fotográfico. Una batalla donde todos son niños, donde resuenan las risas entre cañonazo y cañonazo, donde lo espontáneo irrumpe dando forma y color a las calles.

Una batalla donde los caídos, de un bando y del otro, celebran la libertad y terminan brindando juntos, hermanos al fin.

Es ésta una fiesta que celebrará en 2008 el bicentenario de los hechos históricos que rememora, y lo hará, tan seguro como que la historia no miente, por todo lo alto.



En el mes de junio de 1808, las tropas napoleónicas se dirigieron a Lérida y Zaragoza. A su paso, dieron orden de ocupar las ciudades napoleónicas de Mallorca e Ibiza, como compensación, y de momento avanzar sin resistencia. A la altura de El Bruc, a las faldas de Montserrat, son atacados por las guerrillas catalanas, infligiendo del espíritu del levantamiento del día de mayo que destruyeron / destruyeron de Goya. Los catalanes están en inferioridad numérica, pero han preparado bien la emboscada y consiguen con el factor sorpresa. Los oficiales franceses son asesinados.

El 14 de junio las tropas francesas se dirigen a Barcelona. Los guerrilleros catalanes, entre Móra y Sant Sadurn, logran un momento de superioridad y se enfrentan con la superioridad de la superioridad de la superioridad. Se trata por una segunda victoria y algo de una mala experiencia al nivel de la superioridad de los ejércitos de Napoleón y de la superioridad. Los franceses son derrotados.

Con el tiempo después, El Bruc sigue siendo un territorio importante a las faldas de Montserrat, en la zona de Barcelona de l'Anoia. Hace ya mucho tiempo que los guerrilleros catalanes ya no existen.









Fatxos

Fernando Pastor Sola

Cada 24 de diciembre, Nochebuena, se celebra en Onil (Alicante) la *Nit dels Fatxos*.

Els Fatxos son una especie de teas realizadas artesanalmente por todos los *colivencs*, hechos a mano con esparto verde y seco cogido días antes de Nochebuena en la Serra d'Onil.

Al esparto seco o parte baja del espartal (*totxera*) se le llama *totxa* que es el componente esencial del *fatxo*, el esparto verde sirve para atar el *fatxo* y finalizarlo con un trenzado a modo de cuerda por donde se podrá coger, para encenderlo por la punta del esparto seco y rodar el *fatxo* hasta que se consuma. Esta tradición centenaria comenzó como una celebración pagana, donde nuestros antepasados pastores hacían *fatxos* en la Serra d'Onil para iluminarse y dar calor a sus hogares durante el frío, posteriormente esta celebración pagana se convirtió en fiesta religiosa cristiana en Onil, con el fuego como elemento purificador, donde todos los años se ruedan *fatxos* como molinetas como inicio de la Navidad y con el simbolismo de darle calor al Niño Jesús o *Jesuset*.

La *Festa de la Nit dels Fatxos* es el punto de partida de la Navidad en Onil, ya que por todas las calles de la Villa de Onil *els colivencs roden fatxos*. En la Plaza Mayor se realiza un concurso de *fatxos* con distintos premios.

Antiguamente se rodaban los *fatxos* cada uno en la puerta de su casa y se cantaba al mismo tiempo una canción típica de Navidad:

*El Jesuset de Nadal estas cansat de plorar
Perquè no té camiseta per a poder-se mudar*

En la década de los 90 con el apoyo institucional se le dio mayor importancia y se empezaron a rodar en la Plaza Mayor.

DATOS TÉCNICOS

Fotografía 1:

Cámara: Nikon D70
Objetivo: 18-70 f/3.5-4.5
Iso: 200
Velocidad: 0.7 seg
Diafragma: f/6.7

Fotografía 2:

Cámara: Nikon D70
Objetivo: 18-70 f/3.5-4.5
Iso: 200
Velocidad: 1 seg
Diafragma: f/8

Fotografía 3:

Cámara: Nikon D70
Objetivo: 18-70 f/3.5-4.5
Iso: 200
Velocidad: 4 seg
Diafragma: f/16





Boda gitana: el ritual del *yeli*

Andrés Guillermo Marín Garijo

El pueblo gitano ha sorteado con numerosas dificultades su integración en la sociedad, debido a la marginación social a la que se ha visto sometido, pero en la actualidad ha sabido adaptarse a los nuevos tiempos.

Esta integración ha supuesto un complejo proceso en el que ha mezclado las normas impuestas por la sociedad civil con sus propias leyes y modos de vida sin renunciar a sus raíces y tradiciones.

Como ejemplo de esta peculiar metamorfosis nos hemos centrado en la boda por el rito gitano, más en concreto en lo que se conoce por el *yeli*. Tras el banquete comienza el ritual propio de la boda gitana en sí, el *yeli*. Es el objetivo del día del enlace: comprobar la pureza de la novia. Mientras en el salón los invitados bailan, algunas mujeres se desplazan hasta una pequeña sala para preparar este acontecimiento, también conocido como la "prueba del pañuelo".

Sobre una cama o mesa colocan una sábana y una almohada. Todo listo para hacerle la prueba de la virginidad a la novia. Es entonces cuando un gran número de mujeres mayores entran en la sala acompañando a la novia. Junto a ella la «ajuntaora», una de las más ancianas gitanas y la encargada de dirigir este ritual y dar fe de la virginidad de la recién casada.

La culminación de la boda es cuando la novia prueba las señales de su virginidad y sale en hombros, para ser recibida con un canto de alabanza llamado el *yeli*. Himno que ensalza la pureza de la novia y la fuerza y entereza de su carácter por haberse mantenido virgen. Es entonces cuando los varones de su familia se rasgan sus camisas, porque ésta ha sido honrada.

Es típico el baile de los hombres con la novia alzada a hombros y la separación espacial de ambos sexos durante este momento, es decir, las mujeres a un lado y los hombres a otro.

La forma de contraer el matrimonio, las señales de la virginidad y el acto de levantamiento de la novia son los elementos comunes que encontramos también en las bodas hebreas.

Este reportaje fotográfico gira en torno al protagonismo de la novia en la boda gitana, como sujeto principal en torno a la cual gira todo el ritual.

DATOS TÉCNICOS

Cámara: Nikon D200

Objetivo: 18 - 70 mm

Diafragma: 5,6

Velocidad: 1/15











Día d'es Be

Bartolomé Juan Frau Pons

Con el nombre de *Día d'es Be* (Día del Cordero) es conocido en Ciutadella de Menorca el domingo anterior al 23 de junio.

Es en este día cuando a las 9 de la mañana empiezan oficialmente las famosas fiestas de San Juan en esta ciudad.

El nombre viene dado por el motivo de que una persona, designada por el *Caixer Pagés* correspondiente a ese año, conocido vulgarmente con el nombre de *Homo d'es Be* (Hombre del Cordero), acompaña durante toda la jornada a la Junta de Caixers del Bienio, en comitiva, invitando a la celebración de las Fiestas de San Juan, tanto a las autoridades como a los participantes activos en las mismas. Dicha persona va vestida con pieles de cordero y portando a hombros un cordero vivo, de lana blanca y limpia, adornado con lazos de colores, emulando la figura de San Juan Bautista.

Todo empieza días antes, en la posesión del *Caixer Pagés* con la elección de un cordero de lana blanca, sin tara, y con algo de cornamenta, que es regalado por dicho caixer para ser portado durante ese día. Se le limpia, cuida y peina a diario. El sábado es bajado a la ciudad, a la posada que dicho payés tenga en Ciutadella. La familia lo limpia por última vez, dejándolo en ayunas durante toda la noche, velándolo para que no se ensucie. Justo al alba, se afanan en adornarlo con lazos de colores, y en la frente le colocan un ornamento en forma de estrella enmarcando un pequeño espejo, conocido con el nombre de "Corona", parecido al que llevan los caballos durante las fiestas.

Al mismo tiempo *S'Homo d'es Be* se viste con pieles de cordero, con brazos desnudos y pies descalzos, pintándole unas cruces rojas en la frente, antebrazos y en los pies. En la cabeza lleva una aureola en el que va bordado el signo del Agnus Dei.

En el palacio del *Caixer Senyor* (noble que preside las fiestas) se reúne con todos los miembros de la Junta de Caixers, y después de tomar un refrigerio, y justo cuando las campanas de la Catedral señalan las 9 de la mañana, el *fabioler* hace sonar el tambor y el *fabiol* (especie de flauta o caramillo de caña con 3 agujeros), dando por comenzadas las fiestas de San Juan.

Es en ese momento cuando se forma la comitiva que, presidida por el noble *Caixer Senyor* y la *Capellana* (Sacerdote), junto con los dos *Caixers Pagesos* (Agricultores de las fincas propiedad del Caixer Senyor), el *Caixer Fadri* (Soltero, y el encargado de portar la bandera que poco antes le ha entregado el Caixer Senyor), y el *Caixer Casat* (Casado y de oficio tradicional), encabezados por el *fabioler* y *S'Homo d'es Be* (portando el cordero en sus hombros) se dirigen al ayuntamiento y al Palacio Episcopal, y posteriormente a cada una de las posadas de los payeses participantes en la *Cualcada* de las fiestas. En cada uno de los domicilios son agasajados con un refrigerio, mientras los niños acarician la blanca lana del cordero y la corona que porta en la frente, como si de una suerte se tratase.

Ésta es una de las tradiciones menos conocidas de los muchos protocolos que rigen las Fiestas de Sant Joan de Ciutadella.











Los niños en Semana Santa

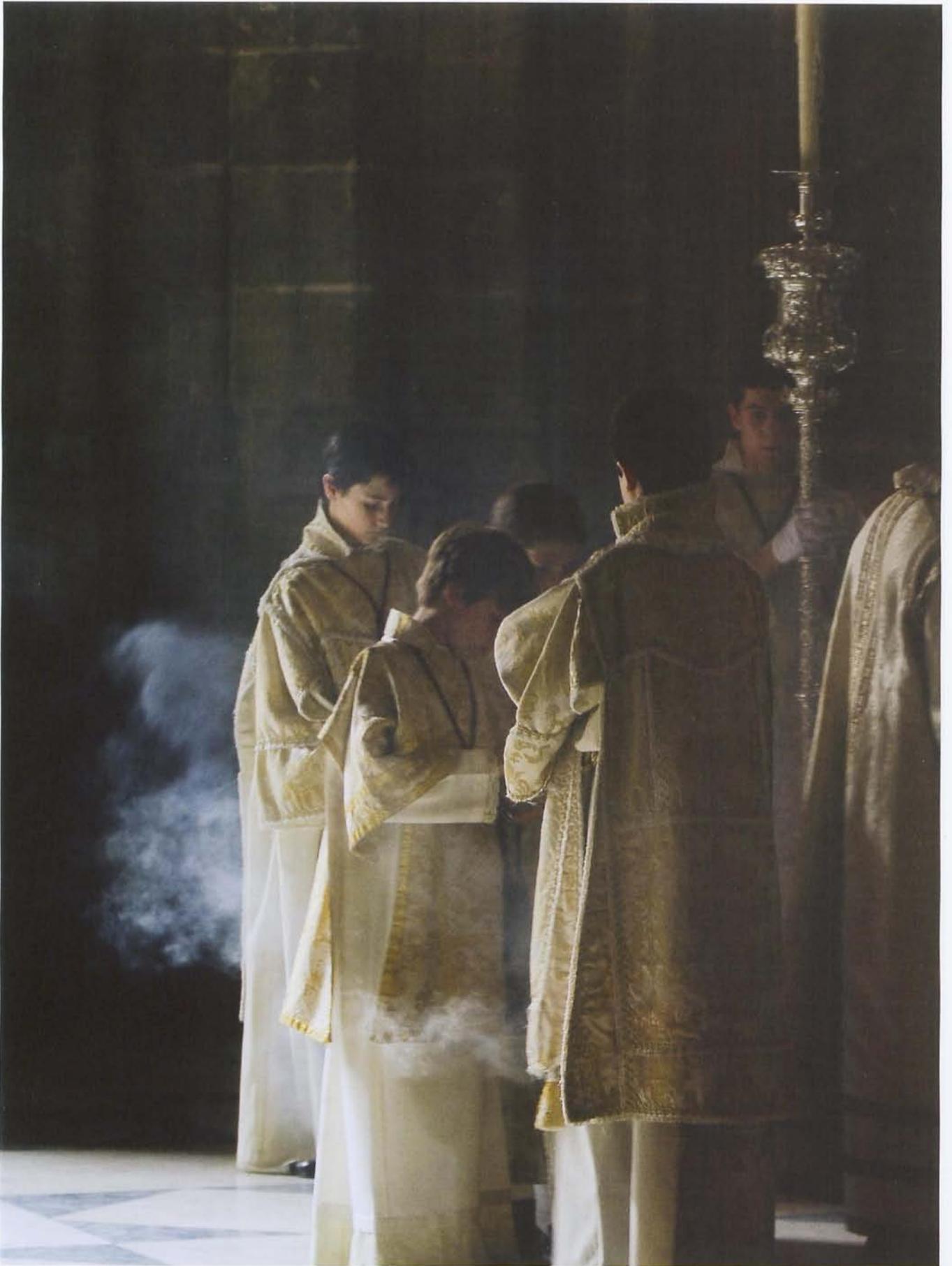
José Luis Gallego Avilés

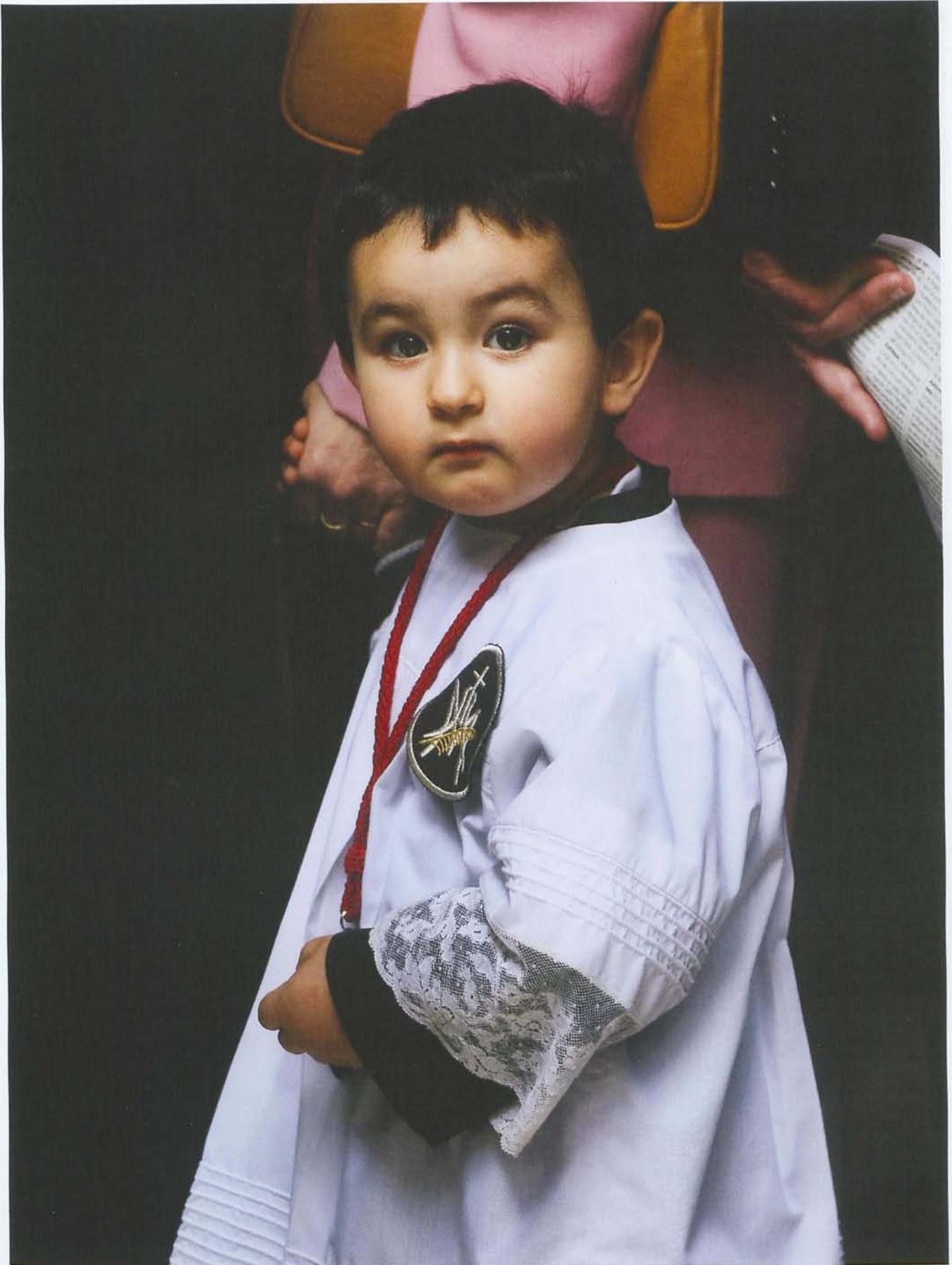
La Semana Santa, desde su auge en el siglo XVIII, se ha ido transformando y ha evolucionado hasta nuestros días; actualmente es una celebración perfectamente consolidada.

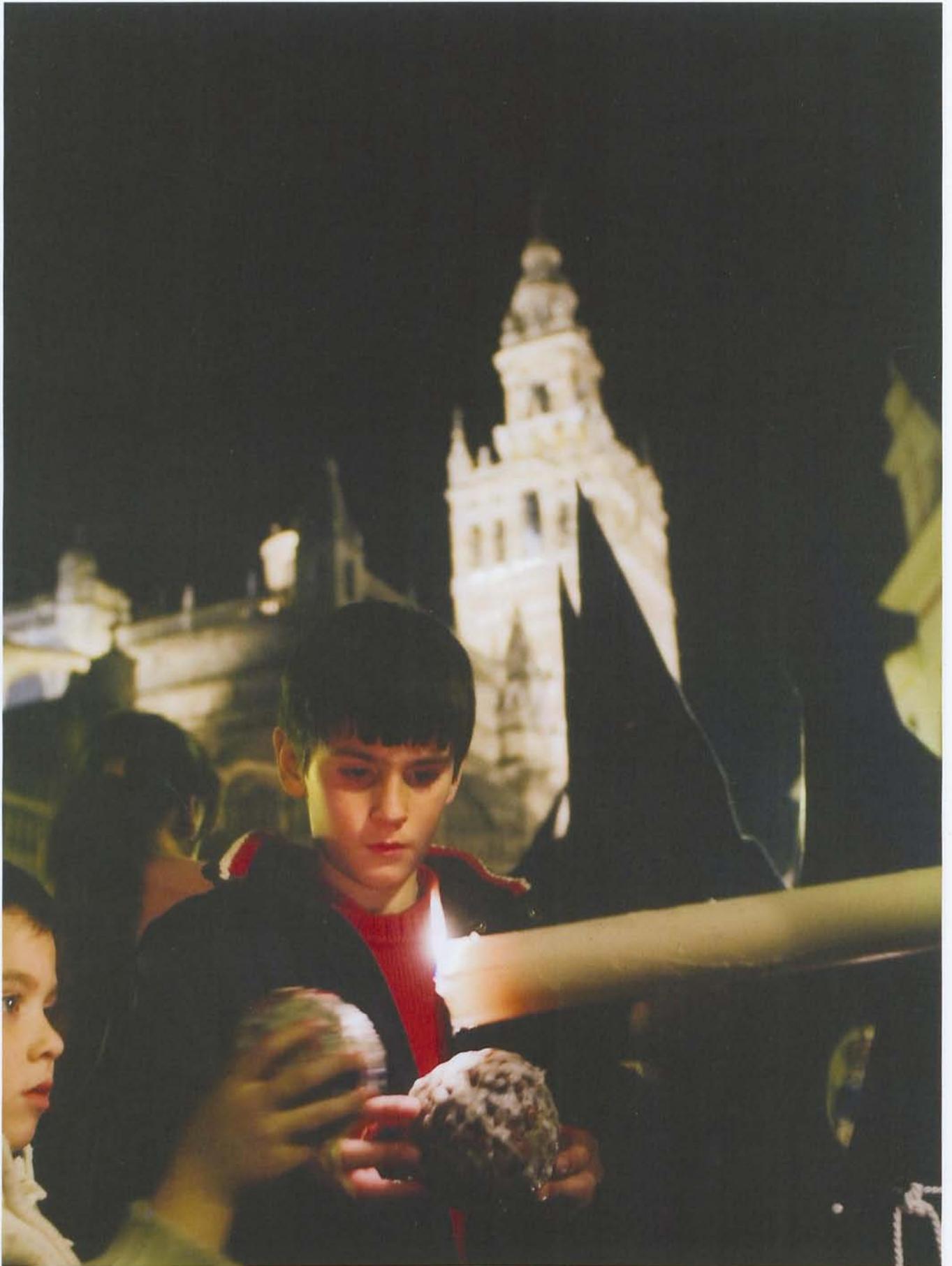
En este trabajo se capta uno de los elementos de consolidación más importantes de esta celebración: los niños y su forma particular de disfrutar y de vivir la fiesta. El entorno es la capital andaluza, pero no es la imagen típica y bastante difundida de las cofradías por las calles de Sevilla, son vivencias de unos protagonistas especiales que contribuyen al mantenimiento de una tradición para las generaciones venideras. Su participación expresada en distintos momentos, como pidiendo un caramelo a los nazarenos, es una forma de que el niño se integre y aprecie un evento que para éste es difícil de entender y valorar, no en vano se celebra la pasión y muerte de Cristo. Los vemos vestidos de acólitos o de monaguillos, de nazarenos y de costaleros, y por supuesto, los vemos haciendo bolas de cera, pidiendo a los penitentes unas gotas para hacer la bola más grande y de todos los colores, para luego en el colegio poder exhibirlas como trofeos a los compañeros de clase; e incluso cuando se hacen mayores dejan la bola en “herencia” a otro niño, normalmente un familiar, para que siga cubriéndola de cera.

Ellos serán los futuros cofrades, músicos, costaleros y nazarenos, herederos y continuadores de la fiesta, además de participantes y protagonistas, a su manera, de la misma.











Ritual del paso de niña a mujer

Olga Albarrán Caselles y
Juan José Albarrán Pérez

Entre los rituales de paso femeninos de la niñez a la edad adulta, hay uno, característico también del mes de mayo, vigente aún en la localidad madrileña de Colmenar Viejo, protagonizado por niñas de edades cercanas a la pubertad. La celebración tiene un alto valor social, pues las niñas son transportadas ritual y socialmente al mundo de las mujeres adultas, al estatus social de la madurez, simbolizada por el momento de la boda, pues los elementos decorativos y su indumentaria pertenecen básicamente al mundo de la novia y su ajuar. Asimismo se conjugan elementos simbólicos que relacionan a las protagonistas con un estado puro de fertilidad, representado por los elementos presentes en la decoración.

El ritual, conocido como la maya, consiste en vestir a una niña a la que se coloca en una especie de altar barroco adornado con colchas rameadas y abundancia de flores. La niña, por su posición y conducta durante la celebración, se transforma en mujer. A su alrededor bulle un grupo de niñas de edades similares que piden dinero a la gente. A la niña que representa el papel de maya la enojan con pendientes y collares y colocan en su cabeza una guirnalda de mimosas y flores. La visten con saya blanca y, sobre el busto, cubriéndole los brazos y las manos, le colocan un mantón de Manila de lo más vistoso, anudado a la espalda, lo que la obliga a mantenerse inmóvil, sentada en una silla. En esta postura, y con el gesto hierático, permanece las dos horas que dura el ritual. Dicho comportamiento impuesto a las participantes persigue el estado de perfección. Esta idealización tiene, además, una dimensión sagrada, pues imita la imagen idealizada de una Virgen. Es la visión religiosa del ritual.

Las demás niñas van vestidas de la misma manera, con la diferencia de que el mantón de Manila lo llevan colocado de forma normal, permitiéndoles tener los brazos libres. En las manos llevan un platillo y un cepillo con los que van a la búsqueda de los transeúntes que se acercan al altar, les cepillan la manga de su traje o su camisa, al tiempo que les dicen la frase: “Para la maya, para la maya / que es bonita y galana”. Estas niñas que acompañan a la maya también idealizan un prototipo de mujer diferente, debido a su comportamiento y forma de relacionarse durante el rito. Sus conductas representan la búsqueda del contacto con las demás personas; tienen que ser ingeniosas si quieren recibir alguna moneda; son dicharacheras, alegres, simpáticas y muy activas. Son la réplica profana de la maya.

El dinero que les da la gente lo depositan en una bandeja situada sobre la alfombra de flores, a los pies de la maya. La recaudación sirve para pagarse una merienda todas las niñas del grupo. La celebración concluye cuando pasa el jurado que concede los premios a las mayas que mejor han sabido comportarse según la tradición.

La preparación de los altares es cosa de las madres, vecinas y amigas. La víspera, los padres salen al campo para recoger plantas y flores, por lo general de piorno, retama, margaritas, amapolas, lilas, tomillo, espino, laurel, madreSelva, etcétera. El día de la celebración, desde bien temprano, las madres y los padres de las niñas se concentran en el lugar donde se van a colocar las *mayas* para decorar los altares.

La colcha es lo primero que se coloca, prendiéndose flores a la misma. En el suelo se pone una alfombra y encima, la mesilla que servirá de altar. Los restantes elementos son adornos para hacer lo más vistoso posible el altar.

Algunos folkloristas apuntan que el ritual de la maya es una reminiscencia del culto pagano a la naturaleza, personificado en una diosa y que con el paso del tiempo hubiera degenerado en una fiesta infantil. El hecho de celebrarse en fechas coincidentes con la celebración de la Invencción de la Santa Cruz y por tener un decorado semejante a los que se utilizan en el ámbito rural en la festividad del Corpus Christi, ha inducido a algunos a ver en este rito la cristianización del referido culto a la naturaleza. Al margen de las interpretaciones acerca del valor cultural y del significado del ritual, la maya es hoy una orgía de belleza y colorido, un vestigio del pasado que las madres de las niñas de Colmenar Viejo han sabido convertir en un espectáculo visual muy atractivo que transporta a los visitantes a épocas pasadas.

La tradición se remonta a la Edad Media. Hubo épocas en que hasta las mujeres de la corte participaban en la celebración. En Madrid, en los siglos xv y xvi, oficiaban de mayas indistintamente casadas y solteras. En el siglo pasado se interrumpió durante la guerra civil. Con la instauración de la democracia, resurgió en Colmenar Viejo, fijándose su celebración en el día 2 de mayo. El Molar y Leganés también tienen su maya. En la capital, después de más de un siglo sin celebrarse, se recuperó en 1988 en el barrio de Lavapiés.

DATOS TÉCNICOS

Cámara: Nikon F4. Objetivos: Zoom Nikkor AF 35-70 mm f/2.8 D. Zoom Nikkor AF 80-200 mm f/2.8 D. Diafragma: f/2.8 - f/11. Velocidad: 1/60 - 1/125 seg. Película: Fujichrome Velvia.











Conmemoración de la batalla de Almansa

Manuel Vera Moreno

El 25 de abril de 1707 tuvo lugar la batalla de Almansa, dentro de la Guerra de Sucesión a la corona española (1702-1714). Al morir en noviembre de 1700 Carlos II “el hechizado” -el último Habsburgo de la rama española- sin descendencia, testó a favor del Duque de Anjou, futuro Felipe V, primer Borbón de nuestra Historia, que era nieto de Luis XIV “el Rey Sol” de Francia, entonces primera potencia europea. Temerosas de que la unión de las dos coronas dominara Europa, se formó una coalición de apoyo a la candidatura del Archiduque Carlos de Austria, auspiciada por Inglaterra y secundada por Holanda, Portugal, etc., que formaron el “ejército austracista”, sin un solo soldado austríaco. La batalla, que duró unas cuatro horas y en la que lucharon unos 50.000 combatientes, fue ganada por el ejército borbónico al mando del Duque de Berwick, católico anglo-escocés al servicio de Francia, al ejército austracista comandado por el Conde de Galway, hugonote francés al servicio de Inglaterra y el portugués Marqués Das Minas.

El 25 de abril de 2007 cayó en miércoles, por lo que la organización del evento decidió, con buen criterio, conmemorarlo el fin de semana siguiente, es decir, el sábado 28 y el domingo 29. Paisanos de Almansa se vistieron de la época del barroco para mezclarse con los extranjeros venidos de los diez países que hace trescientos años eran combatientes. De entre los muchos actos de la conmemoración cabría destacar tres:

A) Escalinata del Castillo de Almansa: estreno de la “Fanfarria 1707”, de Sonia Megías, interpretada por 16 trompas, y posterior desfile de regimientos, al cual pertenece la primera foto del reportaje, elegida porque la cara del soldado francés parece realmente de hace tres siglos.

B) Campamento “1707”, instalado junto al castillo, en el que estaban los “soldados” venidos de toda Europa: tiendas de campaña, paja, pólvora, bayonetas, casacas, etc. En el campamento se desarrolla la instrucción de tropas: a ella pertenecen la segunda y tercera foto del reportaje.

C) Recreación de la Batalla, en un campo también aledaño del castillo. Procuré tener su imponente presencia de fondo. De entre las muchas veces que “disparé”, presento las fotos cuarta y quinta como representativas de las tropas de a pie y a caballo. Esta recreación se hizo en dos ocasiones: en la del sábado por la tarde cayó un tremendo aguacero que obligó a suspenderla poco antes del final, pareció como si el cielo hubiera querido “lavar” las atrocidades de la Historia... En la recreación del domingo a mediodía, la misma megafonía que iba indicando las incidencias de la batalla pedía disculpas porque muchos cañonazos fallaban... porque no había dado tiempo a que la pólvora se secase del día anterior.

Como valenciano, éste acontecimiento me atrajo sobremanera, ya que a mi pasión por la fotografía se unía el interés por este momento fatídico de nuestra Historia -*el mal d’Almansa a tots alcanca*- ya que una consecuencia de la batalla fue la supresión de nuestros Fueros, que teníamos desde 1238 en tiempos de Jaime I, felizmente recuperados en nuestro actual Estatuto de Autonomía.

Como español y europeo, me sentí muy feliz cuando en la escalinata del castillo se izó la bandera de la Unión Europea y, con todas las tropas rindiendo armas y un silencio impresionante, sonó nuestro himno “oficioso”, el de la Alegría, de la Novena de Beethoven. Significando que los países que en aquella contienda estuvimos enfrentados, AHORA estamos unidos en un destino común.

DATOS TÉCNICOS

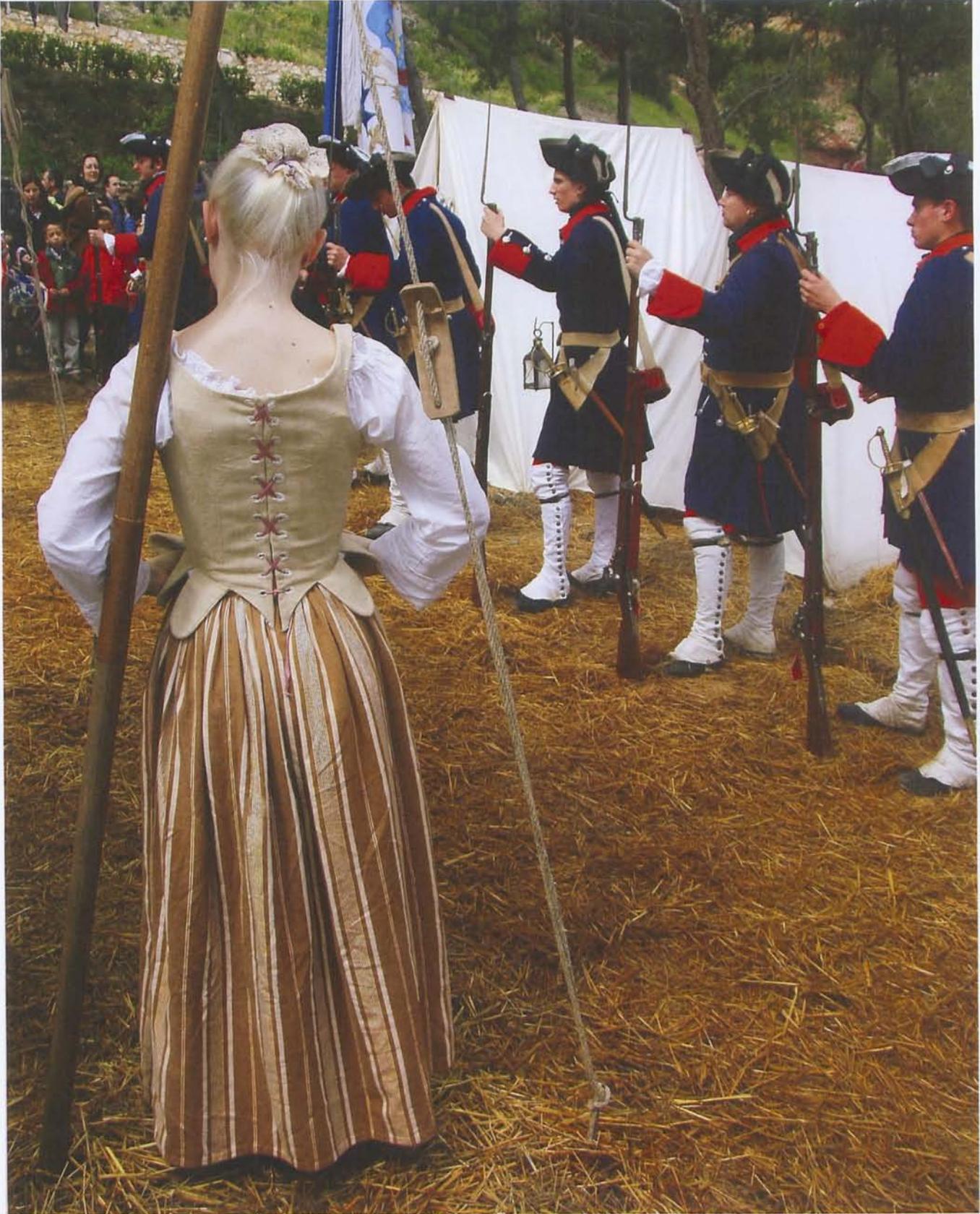
Fuji Finepix 9500 Digital, que con sus 9 megas y su versátil objetivo 28-300 me pareció muy idónea para la ocasión.

Contax-139 “analógica”, para aprovechar la calidad de un objetivo Carl Zeiss 28-70. Con motor de arrastre. Diapositivas luego pasadas a papel.

Y mucha afición: doy fe de que la fotografía de personas y cosas en movimiento presenta dificultades añadidas.











Huertos urbanos: de la necesidad al ocio

José María Redón Tomás

Matas de judías y tomates organizadas en perfectas cuadrículas verdes, lechugas y cebollas alineadas, casi en fila india, formando pequeños huertos. Una imagen ligada al mundo rural que ha logrado asentarse en el entorno metropolitano de la ciudad de Barcelona.

Una imagen que nace fruto de una época. De las distintas oleadas migratorias del siglo xx en que los recién llegados a Barcelona y a sus ciudades satélites, acostumbrados a la vida de campo y empujados por una precaria situación económica, cultivaron huertos en parcelas cerca de sus casas. La presión urbanística expulsó a estos hortelanos hacia áreas cada vez más periféricas hasta ocupar los márgenes de los ríos, los espacios libres que dejan las vías de circunvalación, o los terrenos baldíos más alejados. Y el paso del tiempo convirtió la necesidad en vocación. Porque lo que dejó hace tiempo de ser un complemento a la maltrecha economía doméstica, ha dado paso a un placer en ver crecer los frutos, a disfrutar del contacto con la tierra y a querer compartir el tiempo libre con amigos y familiares, en espacios abiertos donde dejar fluir los recuerdos.











La cultura funeraria.
Un espacio
para la muerte

María Auxiliadora Zamora Moya

La preocupación por la protección y el bienestar de los difuntos se remonta al mundo antiguo, pues la creencia de la vida después de la muerte estaba bastante generalizada. Numerosas tradiciones y ritos hacia los muertos nos llegaron a través de los hebreos y fueron con posterioridad adoptadas y transformadas por el cristianismo. La creencia en la resurrección de los cuerpos es tomada del profeta persa Zaratustra, quien es el primero en establecer los conceptos de paraíso e infierno. Según esto, después de la vida mortal las almas son juzgadas de manera individual y luego recompensadas o castigadas en función de sus actos y obras en la vida terrenal. De este modo sólo los justos vivirían eternamente en el reino de Ahura Mazda, el creador. Posteriormente, en la cultura griega, Platón estableció un dualismo antropológico muy interesante y de evidente influencia en los primeros padres de la Iglesia. El ser humano está formado por el cuerpo y el alma. El cuerpo pertenece al mundo sensible, por ello se destruye después de la muerte. Pero el alma proviene del mundo de las ideas, por ello es divina, inmortal e indestructible.

El cristianismo intentó combatir todas las manifestaciones paganas, pero se encontró con tradiciones y ritos tan arraigados que optó por adoptarlos como propios. Desde los tiempos de la persecución, los cristianos se aferraban a la fe en la resurrección corporal después de la muerte. Por más que los autores eclesiásticos repitieran que el poder de Dios era tan capaz de reconstruir los cuerpos como de crearlos, no lograron convencer a la opinión popular de que la permanencia eterna del alma no dependía de la conservación del cuerpo. Por ello, se creía que un buen mantenimiento y conservación de la sepultura ayudaba a este último fin de la resurrección.

Durante la Edad Media, el Renacimiento y el Barroco las sepulturas se establecen en el interior de las iglesias y sus proximidades. Esta costumbre tan arraigada se trató de abolir en Europa en distintas ocasiones. El crecimiento de las ciudades y, por consiguiente, del número de difuntos enterrados en los templos empezó a constituir un problema de salud (epidemias, etc.), que las autoridades de las distintas urbes europeas tuvieron que afrontar y tratar de resolver. Sin embargo la oposición de la Iglesia, que veía disminuidos los ingresos que obtenía por los enterramientos, hizo que esta decisión se retrasara hasta finales del siglo XVIII. En Suecia y en Francia, las inhumaciones dentro de las iglesias fueron prohibidas en 1783. En España, Carlos III promulga una Real Cédula el 8 de abril de 1787 prohibiendo los enterramientos en los templos y ordenando la construcción de cementerios en las afueras de las poblaciones.

El descubrimiento por parte del hombre de que su fin estaba cerca, lo ha preparado para entrar en un universo desconocido donde las creencias religiosas han cumplido un papel muy importante. Pero también ha sido fundamental para definir la clase de enterramiento por el rol social del fallecido, en la forma de sepulturas más o menos lujosas y el emplazamiento geográfico, que conllevará diversos tipos de arquitectura funeraria donde se pondrá de manifiesto las distintas singularidades y costumbres del territorio al que pertenezca el camposanto. Este es un universo simbólico que creemos muy interesante. El trabajo fotográfico que acompaña este estudio entendemos que es un ejemplo muy descriptivo de todo ello.

Cada población posee unas formas de enterramiento con características propias que responden a una arquitectura autóctona. A esto se añade multitud de elementos decorativos, ornamentación y simbología que es reflejo de su idiosincrasia. Desde el neolítico y sobre todo en la cultura egipcia, las costumbres funerarias establecían formas de enterramiento donde se incluían pertenencias que acompañaban al fallecido con símbolos que reflejaban su personalidad, sus afectos o su modo de ganarse la vida. Hoy día, símbolos actuales siguen cumpliendo la misma función, en este caso en forma de sentimientos deportivos con el escudo del equipo de fútbol de sus amores, como vemos en la primera foto (cementerio de Marchena, Sevilla).

En el cementerio de Jaén (segunda foto), los nichos son a veces decorados con toldos de diversos colores que están destinados a proteger del sol la casa del difunto de la misma manera que en esta población, durante los meses calurosos de verano, se utilizan en las casas particulares. También observamos que los retratos colocados por los familiares en las lápidas de sus seres queridos despiertan el sentimiento más emotivo y desgarrador de la identidad que señalan. La fotografía del rostro amado mantiene vivo el recuerdo de un tiempo pasado y detenido en una fecha concreta.

Las diferencias sociales y económicas también se encuentran presentes en las formas de enterramiento y en los materiales empleados en las sepulturas. Un ejemplo de ello (tercera foto) es el grupo de enterramientos con placas onduladas de uralita del cementerio de la localidad de Constantina (Sevilla). Este tipo de material de poco coste se relaciona con las formas de enterramiento de las clases menos pudientes y contrasta con los materiales empleados en los panteones o tipos de tumbas pertenecientes a las clases sociales más favorecidas, en los que se emplean mármol, aluminio, madera, vidrio y hasta puertas de tipo climalit, como podemos observar en la cuarta foto (cementerio de Fuente Obejuna, Córdoba).

Por último, las formas arquitectónicas del cementerio de Villaluenga del Rosario (Cádiz) son singulares (quinta foto). Las hileras de nichos se reparten alrededor de los muros de un templo semidestruido y arruinado después de la Guerra de la Independencia, haciéndonos retroceder en el tiempo y volver a la época en la que los enterramientos en las iglesias eran el lugar sagrado de reposo final antes de la prohibición promulgada por Carlos III de realizar esta práctica dentro de los templos. Este cementerio es de los pocos existentes en España con estas características.

Como conclusión a este trabajo destacaremos que este tipo de cultura funeraria seguramente con el paso de no muchos años se irá perdiendo irremisiblemente. En la actualidad, y cada vez en mayor medida, la incineración o cremación del cadáver se va abriendo paso de modo inexorable frente a las formas tradicionales de enterramiento en España.











El símbolo de la cruz

Félix Carreto Martín

Al mismo tiempo que la conquista de la Península Ibérica por los romanos se produjo la difusión paulatina del Cristianismo, que desde Palestina había llegado antes a la capital misma del Imperio.

La expansión de la nueva religión tuvo tal pujanza que incluso abocó a la conversión a ella de los invasores bárbaros que pusieron fin a la presencia romana en tierras hispanas adoptándola ellos mismos.

A lo largo de los siglos la influencia del Cristianismo acabó extendiéndose a todos los rincones del país y capas sociales de la población, hasta el punto de impregnar amplia y profundamente tanto el paisaje como el *modus vivendi* de las gentes.

Una muestra señera y popular de ello sería la construcción de iglesias, capillas... a lo largo y ancho de la geografía, así como del símbolo que identifica al propio cristiano: la Cruz, en todas las manifestaciones posibles, no sólo como elemento integrante de edificios religiosos, sino también de forma aislada en lugares señalados y concretos de significado singular, a veces sustituyendo antiguos lugares de culto pagano, como colinas, altozanos, encrucijadas de caminos y otros puntos destacados del paisaje. Dicho símbolo pasaba así a recordar de modo permanente a quien lo divisaba la huella ubicua del credo cristiano.

Al margen del frenético ritmo que caracteriza nuestra época en todos los ámbitos y aspectos, hoy en día muchos de tales símbolos parecen haberse quedado anclados en el tiempo, olvidados por todos, en los lugares más insospechados dando todavía testimonio de unas creencias, hábitos y costumbres, otrora omnipresentes en la vida de las gentes y a la vez moduladores de su modo de entenderla; afectando no sólo a la fe, sino también a la propia existencia.

Así pues, la cruz puede representar un calvario en la cima de una colina; recordar en un acantilado costero a los que salieron al mar y ya nunca regresaron; evocar a alguien muerto de accidente, desgracia, o incluso por causa natural, al borde de un camino o carretera; invocar la protección espiritual de un lugar o incluso de una cosecha...

Y una mañana de invierno las cruces del calvario amanecieron cubiertas de nieve y carámbanos, pero una primavera de tantas también florecieron con la Semana Santa.

Cruces, cruz que se alza en medio de un vasto campo de cereales, piedra solitaria donde la piedra no existe a menos de veinte kilómetros a la redonda y que refleja el sudor y el tesón de quienes la izaron, hoy rodeada de cereales y entre amapolas que al ritmo del viento primaveral se cimbrean en una danza suave. Cruz que sigue protegiendo los campos, ahuyentando plagas y tormentas, ofreciendo descanso al ave que se posó antes de alzar de nuevo el vuelo; cruz que renace cada primavera.

Cruz incluso insertada en el muro de una vivienda, atrapada en su fachada, ofreciendo su misterio, porque cada cruz es un misterio enterrado en cada alma.

Cruz también de abrevadero que un día, hace ya dos siglos, según consta en la cabecera del caño, levantaron los campesinos para pedir probablemente la protección de su ganado, sustento del labrador y ayuda indispensable en su trabajo.

En esta diversidad de cruces podemos observar en una céntrica plaza madrileña un *cruceiro*, izado cual faro que quisiera iluminar, proteger y arropar con su presencia el quehacer cotidiano de quienes tuvieron que abandonar su Galicia natal, su cultura, sus seres queridos en pos de una vida mejor en la gran urbe.

Todas las cruces son otros tantos gemidos y llantos, consuelos y abrazos, esfuerzo y descanso, sueños realizados, arados surcando, testigos de un tiempo que vamos labrando.

DATOS TÉCNICOS

Cámara: Canon EOS 350 D

Velocidad: 1/250; 1/250; 1/100; 1/200 y 1/200

Diafragma: F/11; F/11; F/7; F/9 y F/10

Objetivo: 24-55 mm

ISO 100

Soporte digital











El esquileo a tijera

Marta Pilar del Saz-Orozco

Cada año, con la llegada de junio, la plaza de Colmenar Viejo se convierte en el escenario de una vieja tradición: el esquila a tijera. Todos los personajes están representados en la demostración: el esquilador que empieza a esquila por el cuello, o la paletilla, y con su tijera despoja la lana. El legador, cuya misión es inmovilizar a las ovejas trabando sus patas con cuerda y con la precisión que se requiere para no dañar al animal. El morenero, atento a los cortes que se pudieran producir auxiliando en labor de sanitario como se merecen estos animales. El vellonero, encargado de preparar el vellón con rapidez y maestría.

Sin olvidar, a cada una de las ovejas, que se rinden mansamente ante todo este proceso, primero con miedo y luego con agradecimiento al conseguir desprenderse de su abrigo en la temporada estival.

Y de trasfondo, la hilandera, siempre mujer, que rememora a su manera, con sus manos femeninas, la forma de hilar de otros tiempos, adaptando la lana a otros cuerpos.

Y así, mayores y niños, cruzan barreras y se acercan en el tiempo.











Setecientos años de mercado

María Paola Di Meglio Arteaga

Durante la Edad Media, en Castilla y León, la concesión de nuevos mercados sólo podía hacerla el rey, por ello, el 28 de agosto de 1306, Fernando IV otorgó a Benavides de Órbigo el privilegio de celebrar un mercado todos los jueves.

El motivo de establecer un mercado semanal se debía a que los hombres no podían abastecerse en el largo plazo de un año, ni siquiera en el de un mes. De este modo, el mercado trajo consigo el despegue económico de esta villa de León y de toda la Ribera del río Órbigo, y se constituyó, así, en el eje principal en torno al cual se fue desarrollando un núcleo de población estable.

Han transcurrido ya setecientos años desde aquel hecho significativo y, a pesar de las nuevas tendencias sociales y económicas, las comunicaciones y los nuevos usos comerciales, que trajeron el declive de los mercados tradicionales y la dramática pérdida de población rural, el mercado de los jueves de Benavides de Órbigo se ha venido celebrando ininterrumpidamente hasta la actualidad.

Son siete siglos de historia que reflejan la permanencia de una tradición y una cultura popular que aún sigue viva. A este mercado, cada jueves, los habitantes de las cercanías continúan acudiendo a convenir sus intercambios.











Generación aislada

Jerôme Clair

La sociedad cambia, así como los modos de vida clásicos de los pueblos occidentales. El esquema tradicional de familia (hijos-padres-abuelos, todos en la misma casa) está desapareciendo poco a poco para dejar espacio a una composición familiar moderna.

Este trabajo no pretende paralizar la evolución actual de la sociedad (no puede) sino enfocar uno de los problemas que genera: el aislamiento de los ancianos.

La vitrina simboliza visualmente el aislamiento, creando un mundo interior propio al anciano separado físicamente del resto del mundo exterior. El uso de la misma es, además, una manera llamativa de ilustrar significativamente y contrastar esta realidad, este tratamiento inhumano.

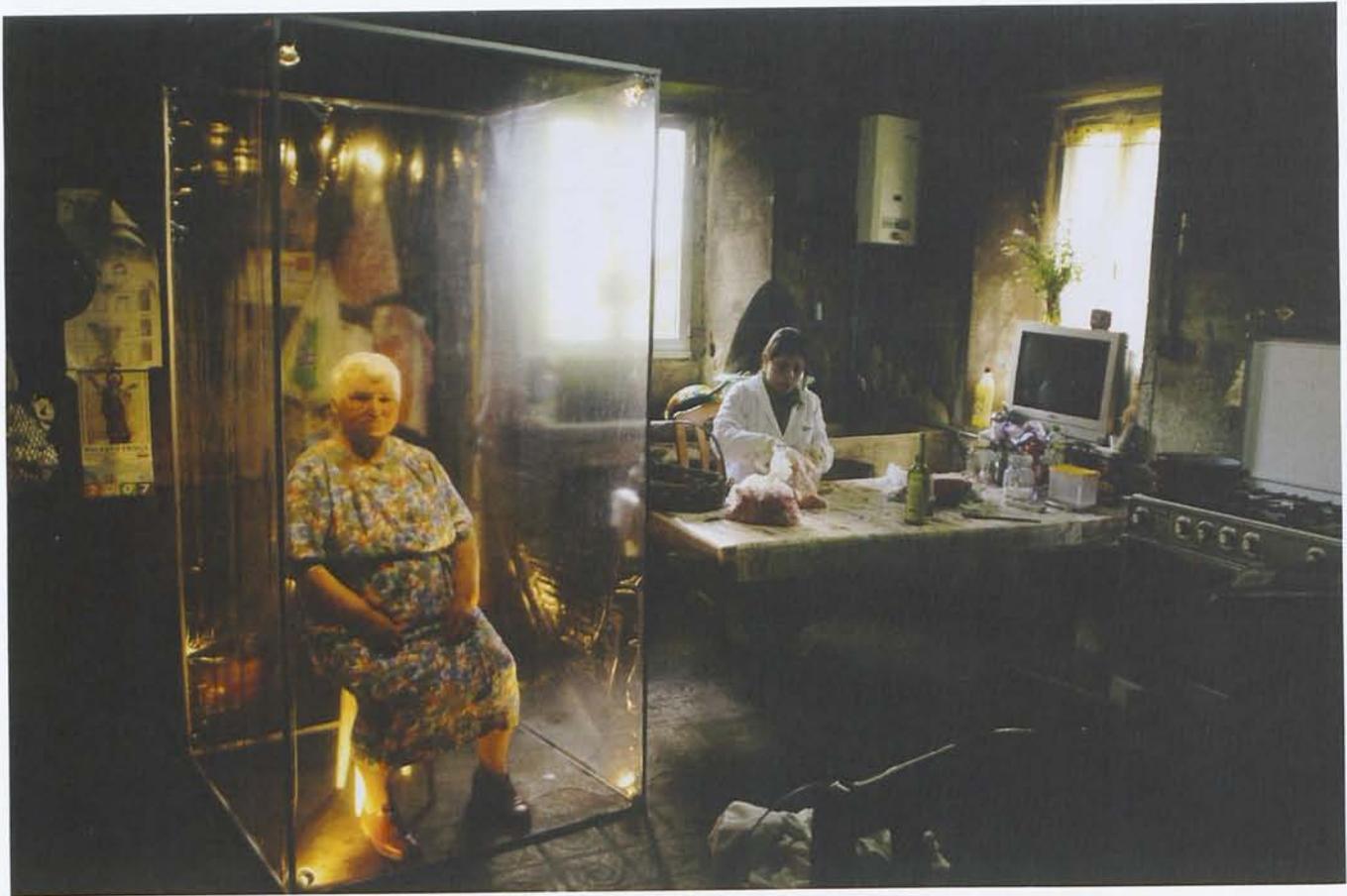
Esta serie de fotografías comunica el aislamiento colectivo de una generación enseñando una suma de situaciones de aislamiento individuales de dos tipos:

- Un aislamiento simbólico expresado mediante un caso particular como metáfora del grupo, como representante anónimo del mismo. O más bien:

- Un aislamiento vivido que refleja el modo de vida de la persona. La pose del modelo que impone la presencia de la vitrina genera al espectador una sensación artificial, falsa. Sin embargo, surge algo aún más verdadero provocado por la expresividad del modelo, el cual nos transmite incomodidad bajo detalles graciosos... En la mayoría de los casos, el lugar de toma elegido nos enseña una faceta de su manera de vivir. En este caso, la dimensión de reportaje se acercaría al documentalismo social.

La temática de este trabajo es universal, refleja una situación gallega ya realidad en gran parte del mundo occidental.











Vida y carnaval en Polaciones

Isidoro Gallo Manzano

El valle de Polaciones está situado al sur de Cantabria, en la comarca del Saja Nansa, próximo a su nacimiento, entre las sierras de Peña Labra y Peña Sagra. Mantiene una identidad propia debido a sus peculiaridades económicas, sociales y culturales y al aislamiento que le confiere su difícil acceso.

En una época de globalización, sus escasos habitantes (260) basan su economía en la ganadería tradicional de montaña, vacuno, ovino y equino que se complementa con la existencia de una agricultura mínima de sustento familiar.

Este valle de altitud media superior a los 900 metros y de clima riguroso encuentra en los Carnavales un medio de expresión propio.

Es febrero, la nieve se pegará aún durante meses a los altos, pero los hijos y nietos de sus habitantes, normalmente desplazados a las ciudades, regresan a las casas familiares y se reúnen, convocados por los cencerros que portan los más jóvenes, para recorrer en comitiva todos los pueblos del valle. Disfrazados y acompañándose del rabel y de la pandereta, elaboran coplas sobre los sucesos cotidianos y las cantan al modo de juglares. Carnaval intimista, acogedor y humanizante, un ejemplo de convivencia en un mundo de desmesura.



El valle de Pinarejos está rodeado por el macizo de Guadarrama, el cual forma un gran valle rodeado por las montañas de Peña Negra y Peñalara. El valle está rodeado por montañas, bosques y ríos, lo que lo convierte en un lugar ideal para disfrutar de la naturaleza.

En este valle se encuentran algunos de los mejores ejemplos de arquitectura popular de la zona, como las casas de piedra y madera, y los molinos de agua. El valle también es un lugar ideal para disfrutar de la naturaleza, ya que ofrece una gran variedad de paisajes y actividades.

El valle de Pinarejos es un lugar ideal para disfrutar de la naturaleza y la tranquilidad. El valle está rodeado por montañas, bosques y ríos, lo que lo convierte en un lugar ideal para disfrutar de la naturaleza.

En invierno, el valle se cubre de nieve y se convierte en un lugar ideal para disfrutar de las actividades de esquí y snowboard. El valle también es un lugar ideal para disfrutar de la naturaleza y la tranquilidad.









Un baño purificador

Ramón Hernández Armas

Como sabemos, la fiesta de San Juan se celebra en multitud de lugares de España, especialmente la noche de la víspera con la quema de hogueras, símbolo de energía y purificación. Además, sabemos que esta celebración es muy antigua, que proviene de ritos paganos asociados al solsticio de verano, día más largo del año, inicio del verano, punto de inflexión en los ciclos de las cosechas y los ganados, lo que ponderaba sus valores en relación a la abundancia y la fertilidad.

Respecto a los ganados, sin embargo, no son tan abundantes las manifestaciones que recojan toda esta polísemia ritual asociada a la fiesta. En este sentido, es de gran interés la tradición arraigada en el Puerto de la Cruz, conocida ciudad turística del norte de la isla de Tenerife. Aquí, además de la celebración de las hogueras, existe la tradición de que los rebaños de ganado caprino de esta zona del Valle de La Orotava vengan a bañarse al mar a lo largo de la mañana de San Juan para otorgarles vigor y fertilidad. Es el momento al que dedicamos nuestro reportaje fotográfico.

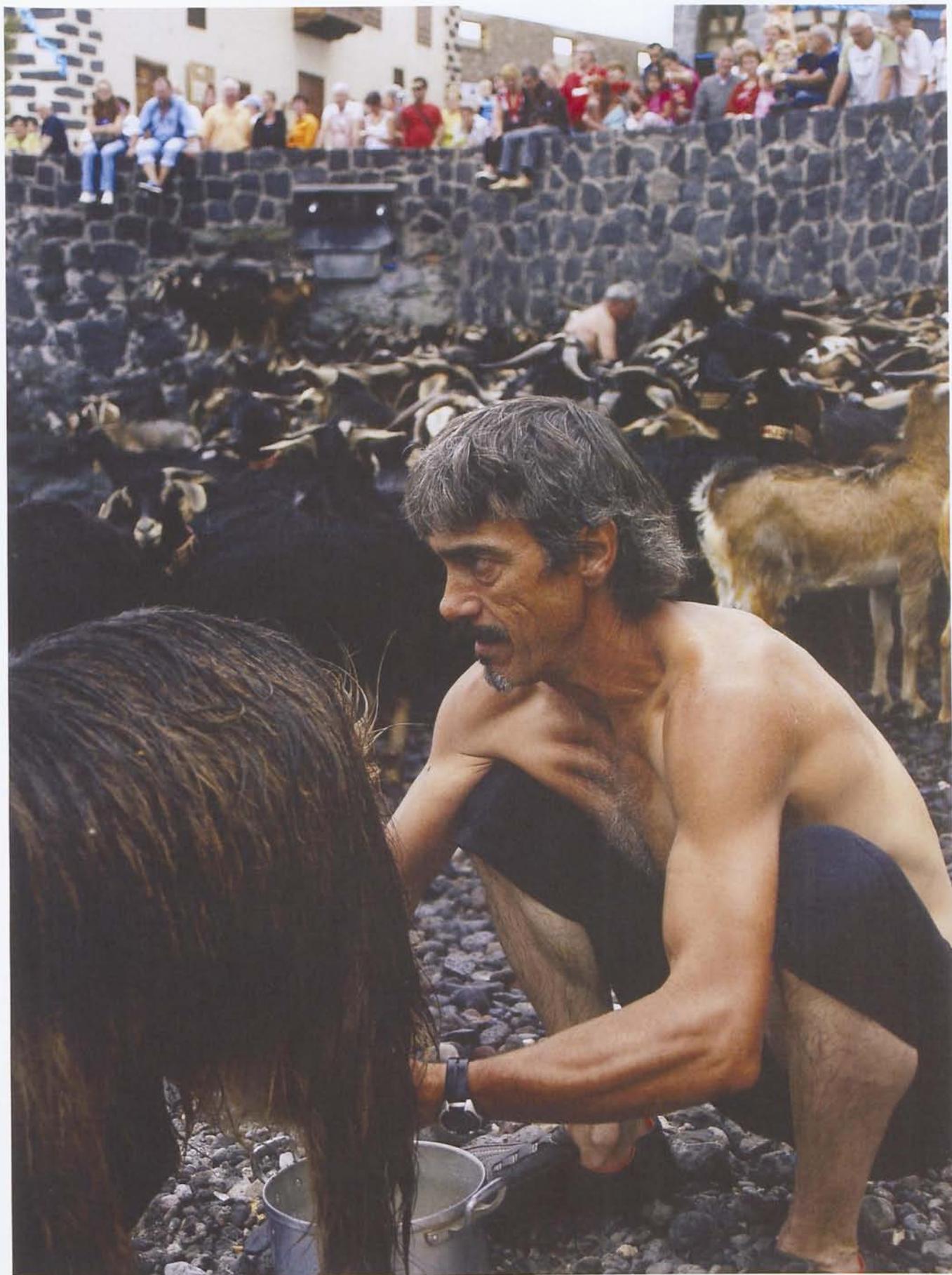
Algunos seguidores de esta fiesta aseguran que esta costumbre proviene del periodo prehistórico, en el que ya los guanches (antiguos habitantes de la isla) gustaban de este ritual en lugar y fecha tan señalada y que después de la conquista castellana se cristianiza y continúa bajo la advocación de San Juan. Estos argumentos dotan a la fiesta de connotaciones identitarias que han sido ensalzadas y reivindicadas por los discursos nacionalistas. Pero, además, la fiesta tiene lugar hoy en día en el corazón de uno de los principales enclaves turísticos de la isla, uno de los núcleos de mayor transformación social y urbana en las últimas décadas, lo que termina por otorgarle tintes de carácter nostálgico y de reivindicación de las costumbres propias frente al avance turístico.

Por último, en este contexto de transformación turística, los cabreros y sus cabras han quedado cada vez más arrinconados a los márgenes urbanos y sus actividades en permanente conflicto con los nuevos usos residenciales a pesar de las políticas para la recuperación ganadera. Así, la fiesta se ha convertido también en un espacio para que los cabreros se sientan protagonistas, para mostrar su orgullo y reivindicarse en sus valores tradicionales ante la sociedad y sus instituciones. En este último aspecto, por ejemplo, cobra gran importancia el ordeño de leche que bien directamente o bien mezclada con gofio (producto tradicional de origen guanche) se ofrecen gratis a los asistentes.









Las mayas de Lavapiés

Lola Elkin

EL PROYECTO

Desde hace tiempo el tema de las tradiciones y las fiestas populares me interesa, tanto por su valor antropológico como por su calidad estética y valor artístico. Estas imágenes de las mayas de Lavapiés son el principio de un proyecto sobre tantas tradiciones que tenemos en España y que no son muy conocidas pero son de un gran interés para entender nuestra cultura y nuestros orígenes.

Mi idea es la de dar a conocer estas fiestas en un proyecto que recopile todas ellas (o todas las posibles), y así poder dar a conocer este legado tan valioso que tenemos y que sería una pena que quedase en el olvido.

Las mayas de Lavapiés es una de estas fiestas populares con peligro a desaparecer por su poca promoción y conocimiento por parte de la sociedad, sin embargo, es celebrada por los vecinos de Lavapiés con gran entusiasmo, e incluso con la participación de otras localidades madrileñas.

Las imágenes seleccionadas narran lo que en ese mágico domingo de mayo sucede, intentando transmitir la atmósfera y el ambiente de tiempos pasados que ahí se respira, como si por un momento nos encontrásemos de nuevo en la España renacentista del siglo xvi. Ese día, las calles de Lavapiés se llenan de un sinnúmero de gente vestida al estilo goyesco que sale a la calle a venerar y cantar a las mayas; niñas de toda la barriada que son engalanadas con trajes pintorescos y florales.

Es verdaderamente una celebración digna de preservar, y con estas fotos, espero animar a muchos a participar el próximo mayo en estas fiestas tan castizas y ancestrales.

LA CELEBRACIÓN

La fiesta de las mayas, nacida para celebrar la llegada del buen tiempo, adquiere su forma definitiva en el siglo xvi. Ésta consiste en elegir a la doncella más hermosa de cada barrio para, tras vestirla y engalanarla ricamente y ser coronada con flores, colocarla en un pequeño altar, hecho con cortinajes y numerosas flores. Por ese altar pasaban a lo largo del día casi todos los vecinos del barrio, a los que las amigas de la maya pedían un donativo con cuya recaudación hacían un donativo a la Virgen y celebraban una fiesta al final de la jornada.

Esta fiesta se celebraba en todos los barrios de Madrid e incluso en el Palacio, y continuó hasta el primer tercio del siglo xx, momento desde el cual se perdió definitivamente en Madrid, perdurando sólo en algunas poblaciones de sus alrededores.

En la actualidad, la fiesta se celebra el primer o segundo domingo de mayo en las inmediaciones de la iglesia de San Lorenzo, en el barrio de Lavapiés. Cada una de las Asociaciones que participan monta un altar y presenta una maya. Las mayas son rondadas durante toda la mañana con canciones populares al ritmo de dulzainas, tamboriles y bandurrias hasta que realizan una ofrenda floral a la Virgen. En el transcurso de la fiesta se degustan productos típicos de Madrid (rosquillas, vino, etc.).











Bendeciré

Jesús Antonio Rodríguez Pérez

Durante miles de años la humanidad ha vivido rodeada de acontecimientos inexplicables. Generaciones y generaciones se han sucedido siendo testigos de sucesos cuya naturaleza ignoraban. Fenómenos físicos cotidianos a los que no sabían encontrar motivación. Hechos hoy predecibles o justificables marcaron a nuestros antepasados. Ignorancia y miedo provocaron la aparición de creencias y supersticiones.

Si algo se repetía es porque alguien lo regulaba, si algo sobrevenía es porque alguien así lo decidía. Dioses que controlaban y dioses que castigaban o beneficiaban; en todo caso, dioses a los que honrar y satisfacer. En algún momento de esa larga noche surgió la idea de representar esas divinidades con símbolos y objetos que adquirieron las propiedades mágicas o sagradas de la deidad que representaban.

Cuando el lento progreso permitió la comunicación entre los pueblos, algunas creencias, borrando otras, se propagaron dando origen a las religiones. Y éstas, en general, crearon asimismo sus propios signos.

En nuestro ámbito, el dibujo de una simple cruz pasó a representar a la comunidad cristiana. También, para facilitar la evangelización de nuevos creyentes, se utilizaron representaciones antropomórficas de los personajes más importantes de esta religión; era más fácil considerar sagrada una imagen idealizada que un sencillo símbolo u objeto.

Igualmente esta iconografía conseguía una mayor presencia de la religión. Ya no era preciso acudir a determinado lugar para sentir la presencia espiritual de Jesucristo, la Virgen, los Santos... En cualquier rincón, una cruz o una imagen podían (y pueden) ser motivo de adoración o de súplica. Del mismo modo, para los creyentes, esos mismos símbolos sirven de protección a personas y bienes.

Así, aunque desplazados cada vez más por los insulsos letreros de “Señores de Tal” o “Villa Cual”, aún hoy, herrumbrosos por el paso del tiempo y salpicados por capas de pintura y barniz, es posible encontrar en las puertas de algunas viviendas populares de pueblos y ciudades la efigie de un Cristo de aspecto bondadoso que identifica el carácter religioso de los moradores.

Se trata de un sencillo icono troquelado en metal o una placa grabada con su figura, mostrando el corazón, acompañada de una sencilla cita “Reinaré” o “Bendeciré”, otras veces con una leyenda más explicativa: “Bendeciré las casas en que la imagen de mi Corazón sea expuesta y honrada”, y cuya sola presencia favorecerá a la familia propietaria.











Pascual, fotógrafo

Jesús Antonio Rodríguez Pérez

Si consultamos en cualquier guía turística de Madrid cuáles son los lugares de visita obligada, sin duda, entre ellos aparecerá la Plaza Mayor. Situada en el centro de la capital, su centenaria existencia ha sido testigo de la vida cotidiana de la ciudad y de los acontecimientos que en ella se han celebrado.

Desde ajusticiamientos hasta corridas de toros, pasando por su utilización como aparcamiento de vehículos, fue felizmente peatonalizada en los años 60 del siglo pasado y, desde entonces, se abre como agradable lugar de encuentro y de sosiego. Así lo entienden los innumerables visitantes que recibe a diario atraídos sea por su monumentalidad, sea por alguno de los actos populares que, como buena plaza mayor, sigue acogiendo o sea por el más lúdico y sencillo interés de tomar algo en las terrazas de establecimientos gastronómicos que proliferan quizás en exceso.

En cualquier caso, esa constante animación se incrementa en la mañana de los domingos, cuando coleccionistas y curiosos se acercan atraídos por el ya enraizado mercado de filatelia y numismática cuyos puestos se instalan al abrigo de los soportales que rodean todo el perímetro de la plaza. Aún más bulliciosa se presenta durante el mes de diciembre y los primeros días del mes de enero, durante los cuales acoge un tradicional mercado navideño.

Esa mayor afluencia de visitantes intenta ser aprovechada por algunas personas para ganarse algún dinero con su actividad más o menos artística. Así surgen aquí y allá estatuas humanas que cobran vida cuando depositamos alguna moneda en el cesto que inevitablemente las acompaña, músicos que amenizan a los usuarios de las terrazas, vendedores de barquillos o de artesanía, sorprendentes dibujantes que en unos minutos pintan idílicamente un rincón de la ciudad, ciudadanos de ojos rasgados que ofertan aplicarte un masaje relajante... y Pascual.

Ajeno al bullicio, accede a la plaza empujando un extraño objeto; instalada sobre una silla de ruedas, una gran caja de madera semicubierta por un paño negro comparte equilibrio con una silla de tijera, unos recipientes de plástico y un montón de sombreros y boinas. Llega al lugar escogido en la plaza y, ahora sí, con la curiosidad creciente de los que le rodean, extrae de la parte baja un cubo de agua, rellena una cubeta con el contenido de un botella de plástico etiquetada con una marca comercial que creíamos olvidada, recoloca los sombreros, despliega la silla a un par de metros y, con parsimonia, enciende un cigarrillo.

«Retrato tradicional siglos XIX - XX Fotografía minutería» se puede leer en una fotocopia que apenas esconde unas desgastadas reproducciones que sirven de ejemplo del resultado final que nos oferta. A muchos les asoma una sonrisa de suficiencia cuando ven el precio que Pascual solicita por su trabajo, mientras sujetan su flamante *cámara digital de no sé cuantos megapixels*: “eso lo hago yo con la gorra” comentan a sus acompañantes mentando el nombre de ese conocido programa de ordenador que le ha pasado fulanita.

Pero si esperan un rato será fácil que contemplen cómo algunas personas, frecuentemente una joven pareja, prefieren llevarse como recuerdo una de esas imágenes en lugar de algún souvenir de dudoso gusto o alguna camiseta del conocido equipo de fútbol de la ciudad que venden en las numerosas tiendas de recuerdos.

Y entonces el mago comienza su actuación: hace que se sienten en la silla de tijera, elige para ellos la gorra o sombrero que, por su experiencia, sabe que quedará mejor, les coloca, aproxima sus cabezas, les instruye y, como hipnotizados, hace que se olviden del bullicio que les rodea y que miren fijamente al objetivo que sobresale del cajón de madera. Pascual se introduce, baja el opaco paño que cubre el extremo opuesto de la caja, mueve el armazón para encuadrar y, descubriéndose de nuevo, coloca un colador doméstico ocultando el objetivo. Un último retoque a la posición y nuevamente se sumerge en el misterio de la tela negra donde prepara el papel fotográfico. Otra vez se asoma y, tras la última verificación de sus clientes, retira el colador durante unos escasos segundos -la práctica le indica cuántos-.

Ya se pueden retirar. Si quieren, pueden dar una vuelta mientras Pascual completa el rito. Sabemos que cuando se esconde nuevamente bajo el paño procede a revelar la fotografía, todavía una imagen en negativo. Un

baño para fijarla y la sitúa en un ángulo de madera que ingeniosamente despliega y fija, quedando así la foto negativa delante del objetivo de la cámara, y aprovechando además la posición vertical para secar las posibles gotas de fijador. Nuevamente repite el proceso aunque el motivo ha cambiado: ahora es la imagen ennegrecida la que creará la fotografía definitiva.

La expectación crece cuando, tras el proceso de revelado, descubre la foto lista para su último retoque ya a la vista de todos. Se oye un murmullo de admiración cuando el público contempla el resultado, mejorado todavía al difuminar con maestría los contornos de la imagen de los jóvenes. Un penúltimo baño para fijar la imagen y el último aclarado definitivo en el cubo de agua y ya está: la magia ha terminado.

Satisfechos con su retrato, la joven pareja se pierde entre el gentío, los curiosos escondemos el orgullo de nuestras cámaras de no sé cuantos megapixels, y Pascual, fotógrafo, enciende un nuevo cigarrillo...











De allá para acá

Jorge Rubén Martín-Benito Romero

Puede parecer, a primera vista, que no estuviese ubicado en España este reportaje fotográfico; pero no es así. Estamos en Madrid.

El fenómeno de la emigración en nuestro país tiene una importancia indudable en todos los aspectos. Números estudios de toda índole dan cuenta de la aportación de este heterogéneo colectivo a todos los ámbitos de nuestra vida cotidiana. La antropología aún no ha comenzado, por desgracia, a aportar su visión a este nuevo fenómeno; quizás por ser demasiado nuevo y por necesitar esta rama del conocimiento un soporte que sólo proporciona el paso del tiempo a un ritmo que hoy en día nos es difícil aceptar. Aún así podemos encontrarnos con la agradable sorpresa de que, en realidad, han empezado ya a producirse manifestaciones culturales importantes que indican un incipiente arraigo en nuestra sociedad de la nueva población. Aunque se ha producido de modo tan inesperado un análisis más riguroso nos lleva a pensar que no podía ser de otro modo; allá donde el ser humano va debe adaptarse a su nueva situación socio-cultural, pero a pesar de tener que renunciar a parte de su cultura siempre mantendrá lo más básico de sí mismo, algo que ha formado parte de él durante generaciones.

Es indudable que la inmigración nos ha traído nuevas costumbres que, muy a la ligera, rechazamos sin ni siquiera esforzarnos en comprender. Entre todas esas costumbres hay una que es especialmente curiosa. En un impensable fenómeno de ida y vuelta -aún no documentado- alguna de las costumbres religiosas españolas que nosotros exportamos al Nuevo Mundo han retornado contando con el factor potenciador de encontrar aquí de nuevo las Vírgenes, Cristos o Santos que despiertan devoción en el país de origen y que son, precisamente, las que nosotros les dimos (mejor sería decir impusimos) hace siglos; otras veces ocurre que algún párroco estuvo, en sus años jóvenes, evangelizando en América Latina y ahora acoge con los brazos abiertos a los nuevos feligreses ayudándoles a traer, incluso, alguna réplica de la imagen a la que tengan devoción.

Prácticamente cada nacionalidad se reúne en torno a alguna celebración, si bien la mayoría de ellas no pasan de ser actos festivos de escaso interés en el tema que nos ocupa; hay algunas que sí son interesantes, destacando entre todas como la más importante la de la comunidad peruana. En Madrid -y otros lugares de España- celebra la procesión de la imagen más venerada en aquel país latino, el Señor de los Milagros y también la de la Virgen de la Puerta.

Sorprende comprobar cómo en tan poco tiempo han arraigado de modo tan profundo en un sitio tan lejano. A primera vista es una procesión como tantas otras pero tiene características propias de su origen. Las “sahumadoras” son mujeres que van abriendo camino delante de la imagen quemando incienso en unos recipientes especiales -levantados siempre en forma de ofrenda-. Las marineras se bailan también delante de la imagen a mitad de la procesión y al final, algo realmente insólito pero que aquí es un modo natural de mostrar la alegría del momento y de una gran belleza plástica. Destaca también la auténtica devoción y respeto que muestran la mayoría de los participantes (algo ya difícil ver en las fiestas tradicionales españolas). Es en estos actos donde se puede ver cómo las personas que han tenido que dejar su familia y su tierra de nuevo se sienten *allí* por unos momentos, olvidándose de todo lo demás.

DATOS TÉCNICOS

Contax/Zeiss

T-Max 100/T-Max 400









Pecados y Danzantes

María Carmen Salgueiro Rodríguez

Camuñas, pequeño pueblo toledano con menos de 2.500 habitantes, ha mantenido durante siglos con orgullo esta curiosa celebración del Corpus Christi conocida como Pecados y Danzantes o El Triunfo de la Gracia sobre el Pecado.

Aunque el significado de esta ceremonia tal y como hoy la entendemos no puede remontarse más allá del siglo XIII (época en la que fue instituida la festividad del Corpus Christi) es muy probable que sus raíces provengan de una antigua danza pagana o incluso tribal. Cabe destacar las sorprendentes similitudes que comparte con ciertas danzas bolivianas y peruanas.

Posiblemente fue durante los siglos XVI y XVII cuando esta ceremonia adoptó la forma de Auto Sacramental. Este tipo de representaciones escénicas fueron utilizadas de forma habitual durante el medievo para adoctrinar a un pueblo mayoritariamente inculto. La ceremonia de los Pecados y Danzantes es una escenificación mímica y rítmica en la que se representa la lucha entre el bien y el mal desde el punto de vista de la ética cristiana.

En la celebración participan dos cofradías formadas exclusivamente por hombres, la de los Danzantes que simbolizan el bien, y la de los Pecados que simbolizan el mal.

El grupo de los Danzantes lo forman la Gracia o Madama, las virtudes (Caridad, Esperanza, Justicia, Fe, Prudencia, Fortaleza y Templanza) y las almas que son redimidas del pecado. El personaje principal es la Gracia, representada por un hombre vestido de mujer, lleva careta achatada y su instrumento son las castañuelas. El resto de los Danzantes, de nariz larga y aguileña, visten de blanco. Utilizan el tambor, la porra y las sonajas con un ritmo constante y monótono.

Dentro del grupo de los Pecados están el Mundo, el Demonio (Pecado Mayor) y la Carne (Pecadilla), los siete pecados capitales y demás vicios. Sus caretas tienen narices chatas y afilados cuernos, salvo el Demonio que usa una careta de cerdo. Llevan una larga vara adornada con cintas (como arma de ataque) y van vestidos de negro.

La representación principal comienza en la iglesia. Los Danzantes entran en la misa mientras los Pecados, que no pueden entrar, rodean la iglesia aullando y golpeando sus varas a la señal de los disparos realizados por los escopeteros. Cuando termina el culto, se dirigen a la Plaza del Reloj donde los Pecados lanzan su ataque contra el Bien; con una corta carrera y un espantoso grito caen uno a uno rendidos de rodillas ante el altar. Luego los Danzantes, encabezados por la Madama, inician su elaborada danza de "Tejer el Cordón". El acto finaliza cuando, con un frenético aumento del ritmo, los Danzantes ondean sus pañuelos blancos al unísono.

La procesión continúa lentamente por las calles del pueblo, dejando a su paso una estela de incienso y pólvora seguida por una multitud de vecinos que, aunque agotados por la larga y calurosa mañana, viven con alegría esta particular celebración del Corpus Christi.











Toros y trajes

María Begoña Rivas Sas

Las corridas de toros es un espectáculo muy arraigado en España, Portugal, Hispanoamérica y muy apreciado en el sur de Francia. En cualquiera de estos lugares la puesta en escena es tan importante como la técnica o el arte de torear. La vestimenta de los participantes se confecciona de forma artesanal, pieza por pieza, llegando a tal nivel de sofisticación que sirve de inspiración a muchos modistos.

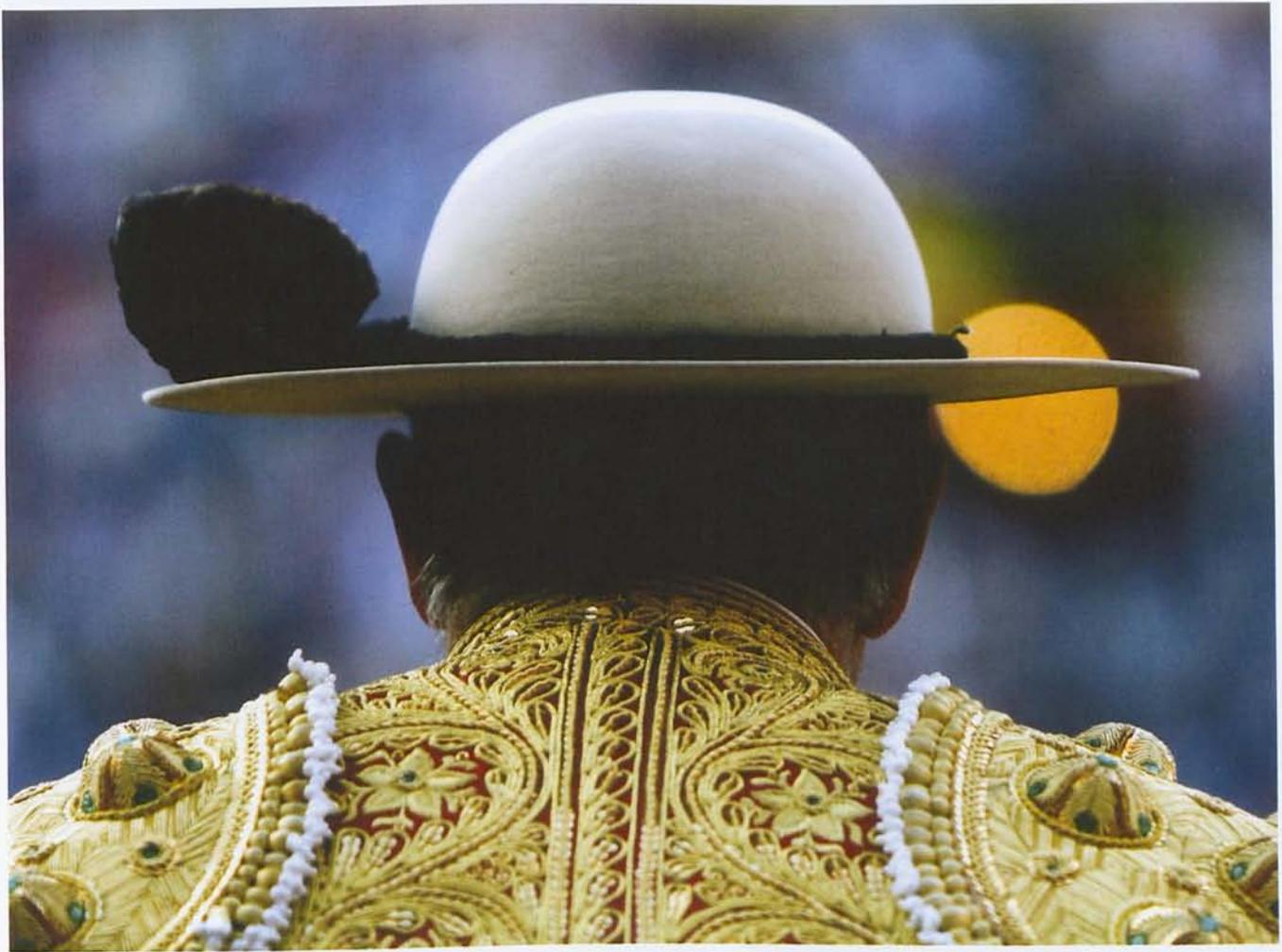
Poco ha cambiado el vestido de torear, hasta el siglo xvii se confeccionaba en ante, pero desde entonces hasta hoy se hace en seda y se borda con oro y plata. Se le llama traje de luces por los efectos luminosos que produce el reflejo de la luz en las lentejuelas que lo adornan. Éste y el capote de paseo son los dos elementos más trabajados.

También está la montera, una especie de gorro confeccionado con un tejido parecido al cabello rizado. Ésta es la pieza que más ha evolucionado, pues hasta el siglo xix se utilizaba el sombrero de tres picos.

Otra indumentaria que tampoco pasa desapercibida es la del picador. El castoreño, como su propio nombre indica, es un sombrero fabricado con pelo de castor. Está adornado con un motivo de color negro en forma de piña llamado moña. Lleva dos armaduras en las piernas, la de la pierna derecha se llama mona y protege de la embestida del toro.

El toro también se distingue por la marca que le pone el ganadero para la lidia, la divisa, y está formada por una o varias cintas de colores que se clavan con un arpón en el lomo de la res antes de salir a la plaza.

Una corrida de toros no sólo consiste en enfrentarse a un animal de 600 kilos con grandes astas, sino que supone una puesta en escena compleja, un evento donde se combinan una serie de elementos que conforman un espectáculo único, artístico y casi místico cuyas imágenes quedan grabadas en nuestra retina, haciéndolas difíciles de olvidar.











As saleras

Juan García Vicente

PRÁCTICAS GANADERAS ANCESTRALES

La ganadería extensiva o tradicional, sujeto de estas imágenes, se mueve con muchas dificultades y sobresaltos en un mercado globalizado, pero resiste. Estas imágenes podrían haberse obtenido muchos decenios atrás: el mismo lugar de *a salera*, el ganadero trayendo el saco de sal a la espalda... en fin el mismo escenario de montaña.

En el Pirineo aragonés el ganado ovino está en franco retroceso, la dedicación que exige es difícil de asumir. El bovino se mantiene mejor, pasa el invierno estabulado en las proximidades del pueblo, lo que permite al ganadero no abandonar casa y familia, además el cambio climático que sufrimos conlleva suavización de temperaturas, permitiendo que el tiempo de permanencia en *as parideras* se reduzca y con ello, disminuir el coste del forraje invernal. En primavera *os abrios* suben a los altos pastos siguiendo rutas de trashumancia ancestrales. Permanecerá en los puertos hasta bien entrado el otoño, pasando de los mas altos a los de menor altitud hasta regresar a las cercanías del pueblo. Pero la principal ventaja es que el ganado ovino puede pastar sin vigilancia permanente durante su estancia en puerto, no necesitando la presencia diaria del pastor o *boyero*. En resumen, su cuidado exige menos esfuerzo, pero algo no ha cambiado y es que los pastos de montaña son deficitarios en sales minerales. Por esta razón, los ganaderos deben de suplir, periódicamente, esta carencia en la alimentación de sus animales. En un primer momento se tiende a suponer que esta tarea se ha suavizado, y así ha sido en la primera parte del camino, donde los vehículos todo terreno realizan el trayecto. Pero en el último tramo, y al faltar los animales de carga que antes eran compañía obligada del pastor, es éste el que debe cargar los sacos desde donde termina la pista hasta los pastos. En muchas ocasiones todavía un buen trecho, por empinadas cuestas hasta los 2.000 metros de altura con la sal a la espalda.

AS SALERAS, PIEDRAS MILENARIAS

La llegada del ganadero a los pastos de alta montaña es observada por los animales con todo detalle, si aprecian que su dueño trae algo que contenga sal. A veces es el color de los sacos, otras es la voz o silbido utilizado por el pastor para llamar a su ganado. En esta ocasión el método empleado es el toque de una campana. Paulov nunca estuvo en el Pirineo, pero sus observaciones se cumplen a rajatabla viendo estas reacciones.

La estampida desde las cumbres hasta el recién llegado es todo un espectáculo, incluso infunde cierto temor ver esas reses en galope desbocado en busca de la sal deseada. Cada ganadero utiliza unos lugares fijos para suministrar la sal a sus reses. Son *as saleras*, enormes piedras o resaltes rocosos bien visibles que surgen entre la fresca hierba. Más de una vez estas piedras planas son restos de dólmenes, abundantes en esta zona del Pirineo occidental, (Valle de Ansó, Val d'Agatuerta), y todas tienen un nombre que es parte de la toponimia de la montaña: *a salera d'o Rincón, a salera Solano, a salera d'o Cardal...*

Todo este espectáculo es observado desde las cumbres por los *sarrios* o rebecos que bajarán de sus atalayas, cuando no haya presencia humana, para lamer *as saleras* en busca del codiciado elemento.

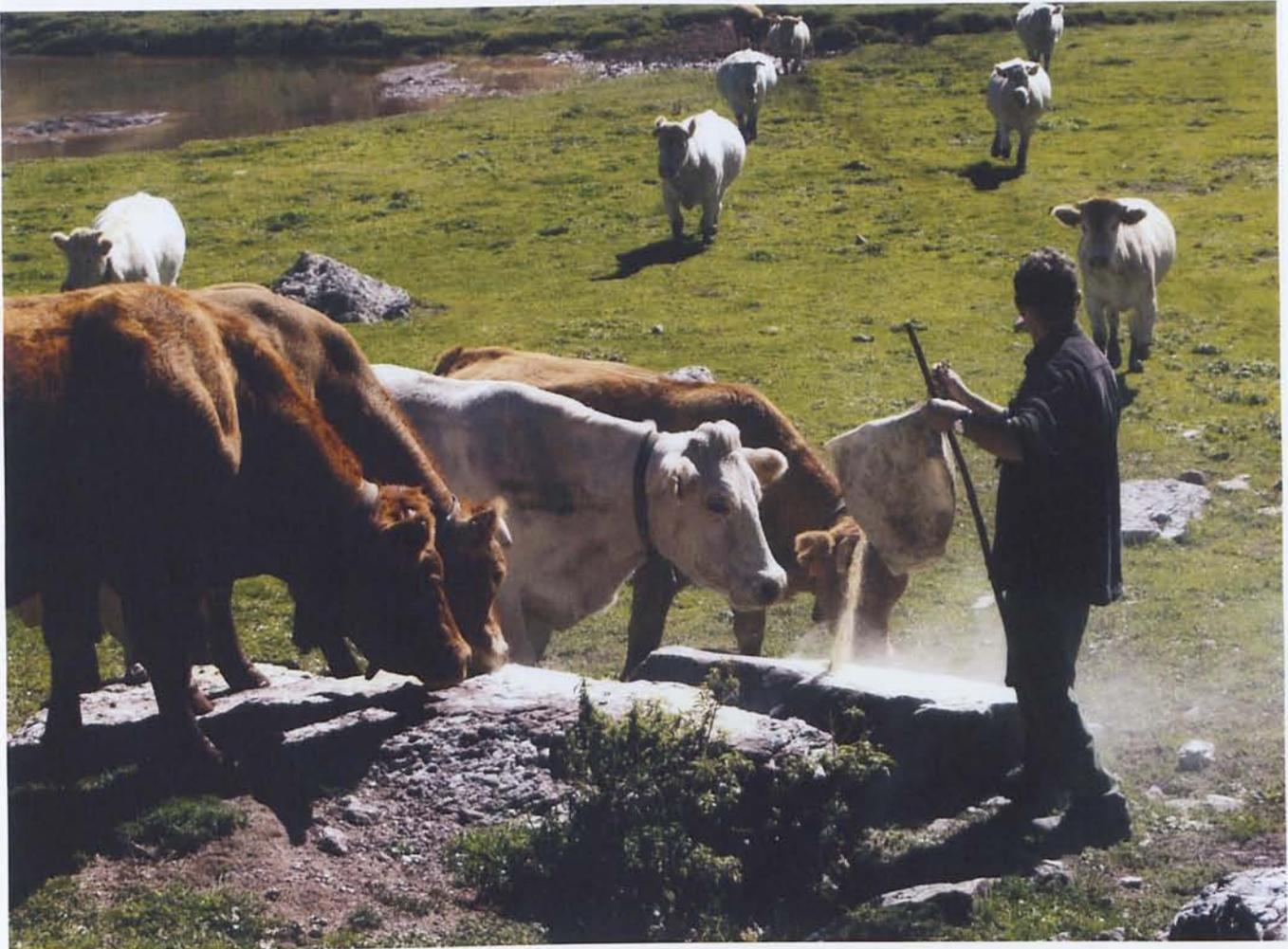
DATOS TÉCNICOS

Cámara: Olympus E-1

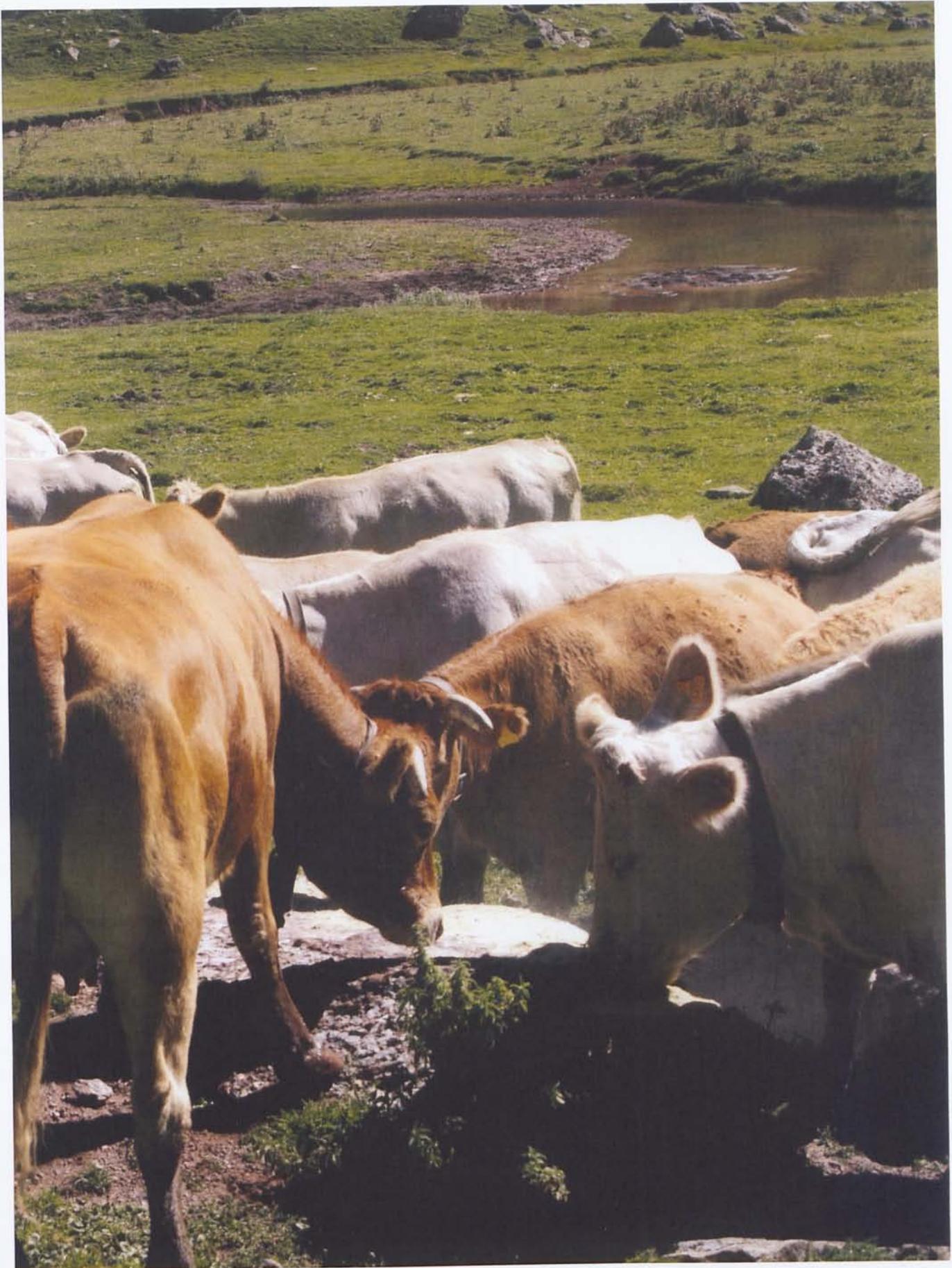
Objetivo: Olympus 14-45 mm











Ofrendas de luz

Elena Gusano Galindo

El ser humano teme la oscuridad y asocia con las tinieblas sus miedos más atávicos y ancestrales. Por contraposición la luz es sinónimo de vida y esperanza. En esa dualidad noche-día se ha desarrollado la historia de la humanidad hasta que, hace apenas 100 años, el hombre, con su inventiva, ha creído dominar las tinieblas dando a un interruptor. Pero, las tinieblas están ahí, nos acechan y ante el más pequeño fallo vuelven y con ellas nuestros miedos. Quizá sea por esto que las ofrendas de luz se continúen haciendo hoy en día y que su origen pueda ser tan antiguo como el descubrimiento del fuego.

En nuestra cultura cristiana, ofrecer una luz es una forma de prolongar nuestra plegaria, pues mientras la luz esté prendida, nuestra oración estará viva y llegará a los oídos de aquel a quien dirigimos nuestras peticiones. En los templos, las ofrendas de luz se han hecho tradicionalmente con velas, siendo además el medio con el que se iluminaban hasta la llegada de la electricidad. Actualmente, su uso ha sido prácticamente desterrado de nuestros templos pues el humo de la combustión ensucia imágenes y paredes.

Una excepción es el Cirio Pascual, de uso obligado dentro de la liturgia cristiana. Hecho de cera virgen está adornado con una cruz y se enciende por primera vez el Sábado Santo en una hoguera que significa la luz de la Resurrección. De él se prenden pequeñas candelas que se reparten gratuitamente. Éstas se utilizan ese día durante la procesión dentro del templo y, luego, se guardan en las casas para encenderlas en los momentos de necesidad o de supuesto peligro. El Cirio Pascual se coloca en un candelero junto al altar, debiendo permanecer encendido en todas las ceremonias que se realicen desde Pascua hasta Pentecostés, 50 días. Después deberá prenderse sólo en los bautismos y funerales que se realicen durante los 315 días siguientes. Pasado un año el ritual se repite.

La noche del 1 de noviembre se llama “de las ánimas”. En muchos hogares perdura la costumbre de encender una lamparilla por cada uno de los muertos a los que se quiere recordar, en la creencia de que la luz les guiará en ese difícil tránsito de salir del Purgatorio y entrar en el Cielo. Para la Iglesia, recientemente, ha dejado de existir ese espacio intermedio que era el Purgatorio, pero la costumbre continúa hundiendo sus raíces en el culto a los muertos existente en las creencias precristianas.

En las tiendas que conocemos como de “todo a 100” se comercializan estatuillas de plástico y estampas de uno de los santos más populares del santoral cristiano: San Pancracio, abogado de la salud y del trabajo. Todo el mundo sabe, aunque los hagiógrafos no lo mencionen, que también se le invoca para tener suerte en los juegos de azar, sobre todo en la lotería. Es frecuente encontrar en los hogares una vela encendida a San Pancracio, que se le ofrece junto a una ramita de perejil.

Los grandes candeleros de nuestros templos y la frase “voy a ponerle una vela a...” forman parte del pasado. Pero la creencia perdura y se ha adaptado a los tiempos, las ofrendas de luz continúan haciéndose en las casas y en los templos, aunque en estos últimos ahora sean de energía eléctrica y se paguen en monedas de euro, “no se admiten billetes”.

Foto 1ª. Ansó (Huesca). Ceremonia de encender el Cirio Pascual en la tarde del Sábado Santo.

Foto 2ª. Madrid. Casa particular. Ofrendas a San Pancracio pidiendo ayuda para el sorteo de la lotería de Navidad.

Foto 3ª. Ansó (Huesca). Casa particular. Lamparillas encendidas por las ánimas del Purgatorio en la Noche de Difuntos.

Foto 4ª. Madrid. Colegiata de San Isidro. Devotos de Jesús de Medinaceli haciendo sus ofrendas.

Foto 5ª. Madrid. Iglesia de Santa Cruz. El candelero de San Judas Tadeo con las ofrendas de las “velas” casi al completo.

DATOS TÉCNICOS

Cámara: Olympus E-1

Objetivo: Olympus 14-45 mm





LOTERÍAS Y APUESTAS DEL ESTADO

102/06

3 2 2 6 1

TRES MIL DOS CIENTOS VEINTISÉIS Y UNO

93ª
SERIE

5ª
FRACCIÓN

PRECIO
20
EUROS

LOTERÍA NACIONAL
Décima parte del billete
para el sorteo del día
22 de diciembre de 2006
EL DIRECTOR GENERAL

2080

RCM-FNMT

«NAVIDAD»
Crisis de Pedro Beruagote Is. XVI,
Barrio Mayor de la Iglesia de









Nit de albaes
(canto valenciano
de estilo)

Jesús Prieto Cermeño «Chuchi»

La repentización es lo característico en el *cant valencià d'estil*. En las rondas o *cantaes*, además de dos o tres cantadores, interviene casi siempre un *versador* o improvisador de versos que inventa las coplas que se han de cantar, aludiendo a las personas a quienes se obsequia con el canto, a anécdotas o circunstancias de las mismas, así como a cualquier eventualidad y situación curiosa o chocante que surja en el momento y pueda ser puesta en evidencia para disfrute de los oyentes.

Los temas dependen en gran medida de las circunstancias que motivan la *cantâ* y el tono irónico o emotivo depende de localidades y personas. Pueden ser amorosos, laudatorios, de exaltación patriótica y religiosa, o de crítica a las costumbres y las personas, siempre en función de las motivaciones e intencionalidad de cada ronda, de cada baile y de cada momento.

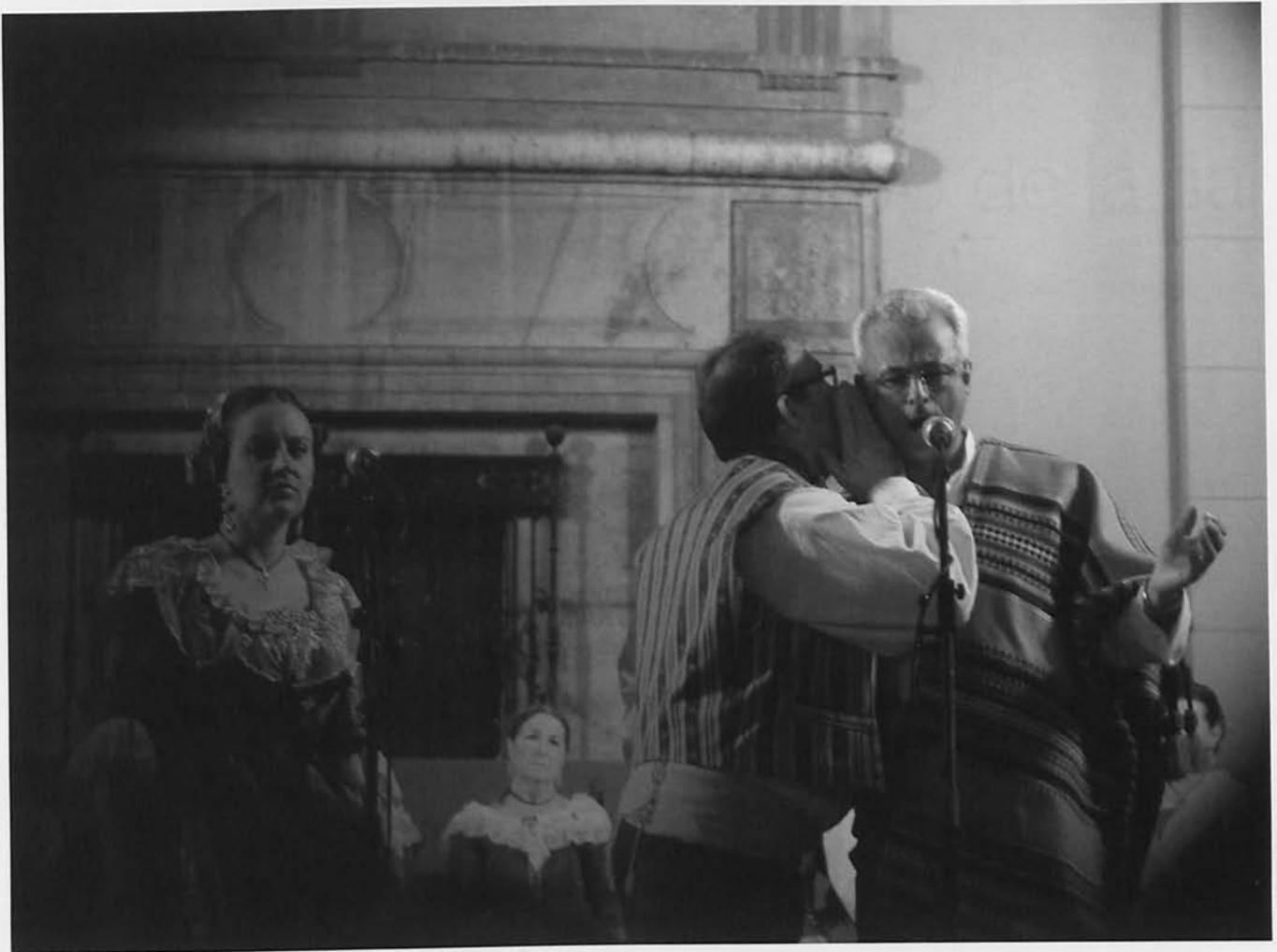
Muy a menudo expresan pensamientos tópicos, celebran la excelencia del mismo *cant valencià* y aluden a los cantadores, a los músicos y al público presente. Entre la variedad de textos no faltan los satíricos, la canción verde o picante, la burla más o menos educada e incluso, muy circunstancialmente, las salidas de tono y hasta los despropósitos.











El salinero y el cultivo de la sal

Juan García Martínez

La Bahía de Cádiz se halla rodeada de marismas y esteros. La extracción de la sal es una actividad que se conserva en la región desde la época fenicia. Los fenicios cambiaban la sal por plomo y casiterita.

Durante los meses de verano el fuerte calor del sol hace que el agua del mar, que entra con las mareas a través de los caños, se evapore dejando la sal que contiene como residuo. Esta sal va cristalizando en estos esteros o salinas de donde, posteriormente, acabado el proceso de evaporaciones sucesivas, se recoge y almacena.

En una instalación salinera podemos apreciar su compleja estructura compuesta por una serie de compartimentos, con niveles de base diferentes y situados en el corazón de las marismas, que permiten el control y la circulación del agua hasta un sistema de compuertas.

Uno de los elementos principales en una salina, además de los caños, compuertas, etc., es la superficie de preparación de la sal en la que el agua procedente del estero va aumentando de concentración salina. Ésta última se divide, a su vez, en tres zonas: el lucio, de mayor fondo, la retenida, de nivel medio, y el periquillo, de menor profundidad, a los que sigue una superficie de cristalización, llamada tejería, compuesta por uno o varios estanques rectangulares de bajo fondo, los cristalizadores, donde se obtiene la sal por evaporación del agua debido a la fuerte insolación y a los cálidos vientos secos de Levante. Es en esta zona de la salina, donde precisamente, se ha realizado el reportaje fotográfico.

Las salinas de la Bahía de Cádiz han venido sufriendo en los últimos años un proceso de abandono debido sobre todo a la grave crisis de la actividad salinera. En el siglo xx existían 150 salinas en la provincia, aunque las tradicionales se redujeron, en 1999, a tan sólo cuatro que aún funcionan desde que este recurso comenzara a ser explotado por los primitivos habitantes de la Bahía de Cádiz hace miles de años.

Las fotografías realizadas pretenden resaltar un modo de trabajo antiquísimo que se ha mantenido casi intacto durante siglos y al mismo tiempo, y sobre todo, reflejar la dureza de un trabajo manual donde la vida de un salinero se diluye entre la sal y el intenso sol.

Y ya estarán los esteros
rezumando azul de mar,
¡Dejadme ser, salineros, granito del salinar!
¡Qué bien, a la madrugada,
correr en las vagonetas
llenas de nieve salada,
hacia las blancas casetas!
¡Dejo de ser marinero,
madre, por ser salinero!

Marinero en tierra

Rafael Alberti

DATOS TÉCNICOS

Cámara: Olympus OM-4 T
Obetivo: Zuiko 75 – 150 mm
Película: Kodachrome 64
Tratamiento con Photoshop

LOCALIZACIÓN:

Salina “El Águila”. Puerto Real (Cádiz)











Aloitadores

Jacinto Manzano Ortega

Este reportaje versa sobre la tradición gallega de *A rapa das bestas*.

Esta tradición consiste en bajar de los montes a los caballos salvajes y llevarlos al *curro* (recinto cerrado) donde se les cortan las crines y se les desparasita.

En el *curro*, los *aloitadores* son los encargados de inmovilizar a los caballos para poder cortarles las crines.

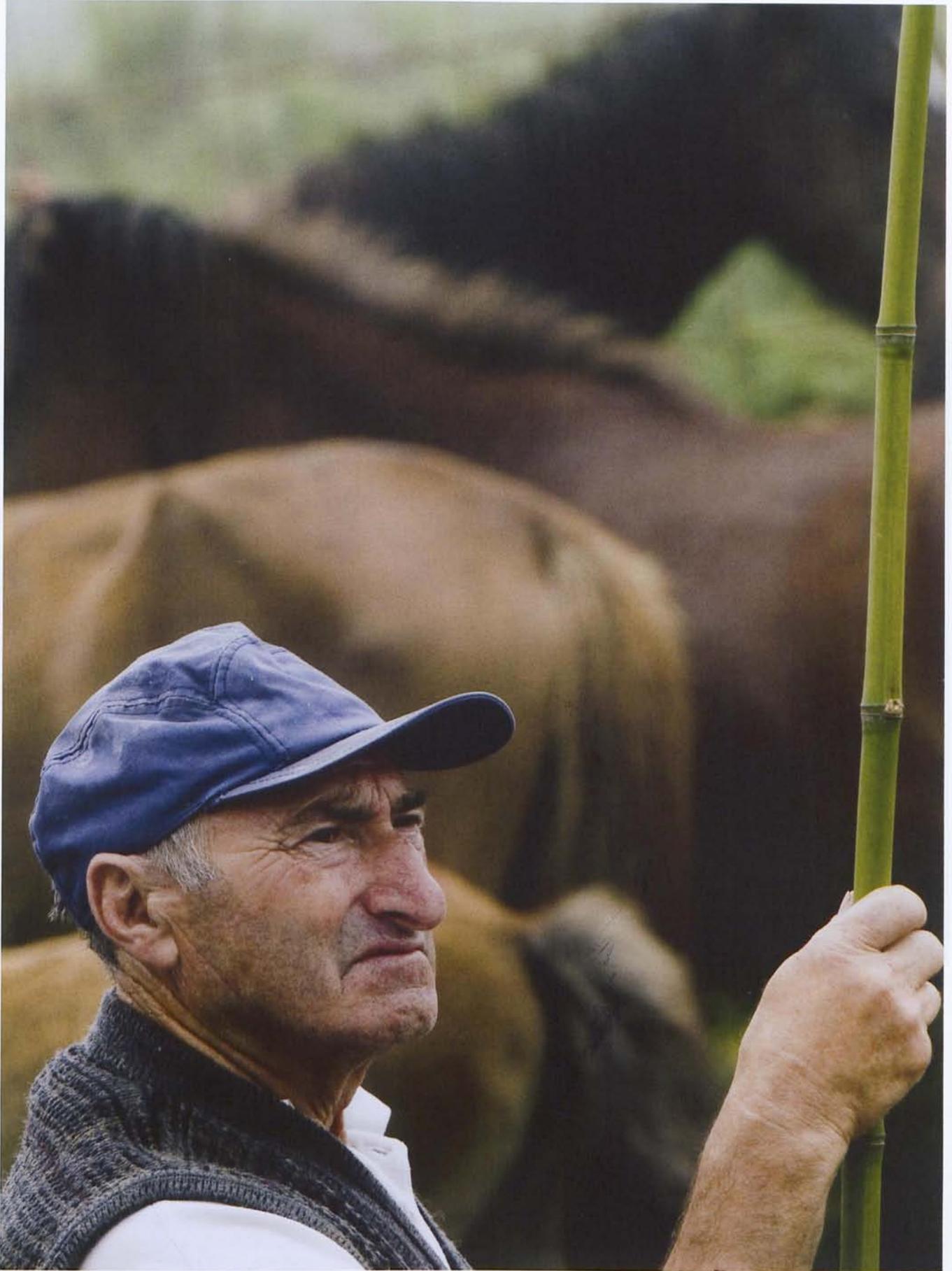
La manera de rapar se conserva actualmente del mismo modo que se hacía en la Antigüedad. Normalmente se lleva a cabo entre tres personas: una que salta encima del caballo y se agarra firmemente a las crines, otra que lo sujeta por el rabo, y una tercera que ayuda al que lo monta a sujetar la cabeza del animal.

Cuando consiguen inmovilizarlo entran en acción los rapadores que cortan las crines y el pelo del rabo al animal.

Tras la celebración de la *rapa* los caballos son marcados y devueltos a los montes para que vuelvan a gozar de su libertad.

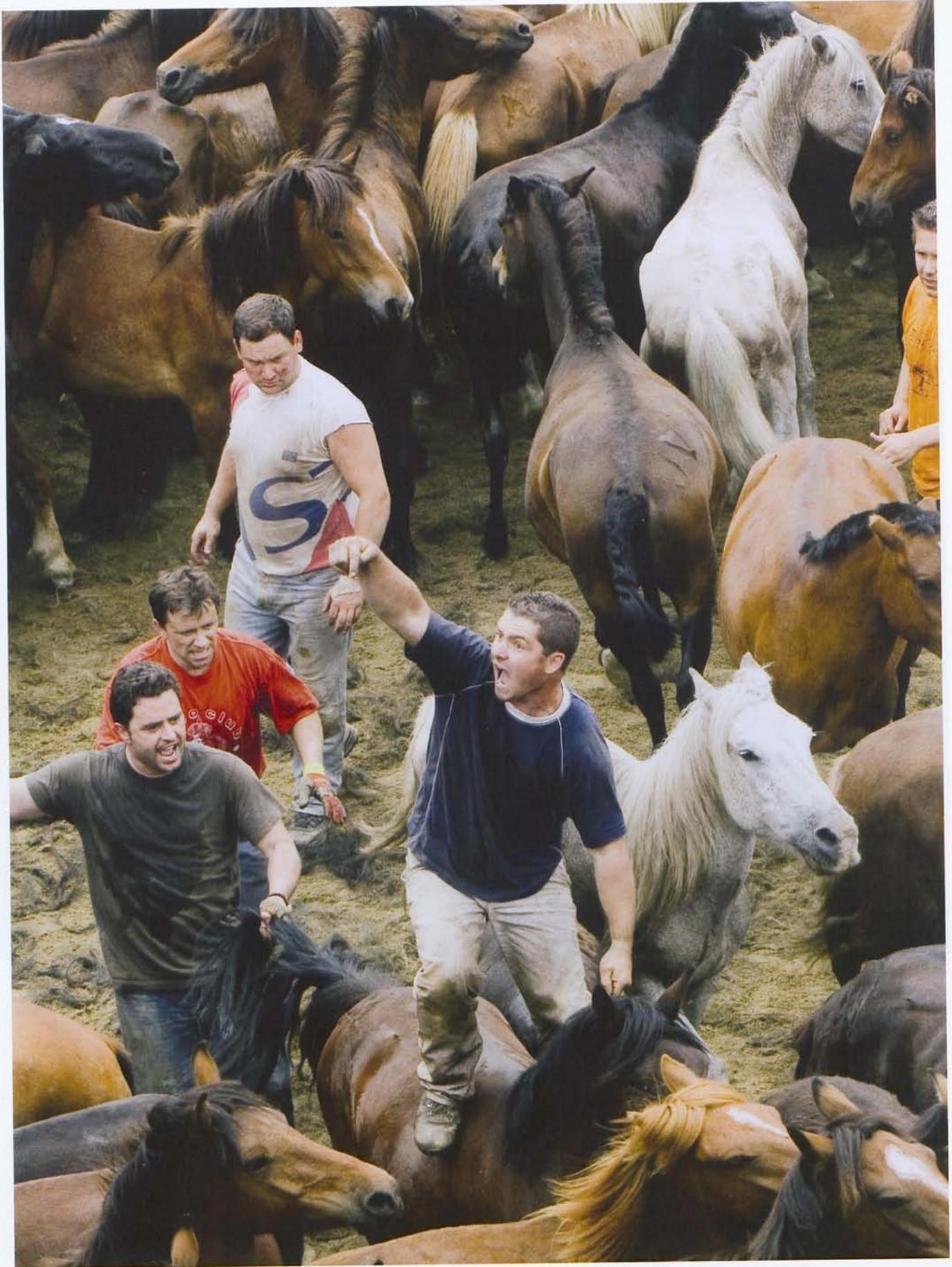
La celebración de *A rapa das bestas* se viene llevando a cabo desde el siglo XVIII en diversos puntos de la geografía gallega y es considerada fiesta de interés turístico nacional desde los años sesenta.

Su referente más conocido es la que se lleva a cabo todos los años en el pueblo de Sabucedo (Pontevedra), en el que ha sido declarada fiesta de interés turístico internacional por la UNESCO.











Invierno en Gredos

Sergio Ampudia

Desde mi llegada a la Sierra de Gredos, he intentado reflejar con mi cámara aspectos de la vida y costumbres de los pobladores de esta zona, que está sufriendo de una manera especialmente intensa los ajustes de la globalización económica, la sociedad de la información y la nueva división internacional del trabajo. Procesos que están privilegiando unos pocos espacios y están penalizando otros muchos, como lo refleja el hecho de que el 20% del territorio español concentre el 80% de la riqueza y el empleo y, por tanto, los servicios de educación, ocio y salud.

Como consecuencia de lo anterior, muchos de sus pobladores han optado por emigrar. Sin embargo, algunos otros parecen intuir que este proceso no obedece a una ley natural o divina, sino que tiene un marcado carácter socio-político y eminentemente humano.

Los procesos de ajuste que se vienen produciendo desde hace medio siglo, van a tener su “contra-ajuste” y aquellos habitantes de estos espacios olvidados serán fundamentales para dar a conocer un pasado que sirva para definir las líneas maestras del futuro.

Hablamos de un territorio de montaña que está prestando unos servicios a la sociedad que no están siendo valorados: las montañas representan gigantescos depósitos de agua; sus bosques producen oxígeno y ayudan a la fijación de gases que tienen como consecuencia el calentamiento del planeta; alberga una diversidad de plantas y animales que son la base para curar enfermedades; son importantes reguladoras del clima entre otras cosas.

La dureza de las condiciones de vida en las montañas de Gredos no impide a sus recios habitantes mostrarse ante la cámara de un nuevo poblador y compartir unos momentos que bien pudieran ser reflejo de una cultura que aguarda su momento para dar respuesta a los nuevos desafíos, si nos damos cuenta de su importancia a tiempo, o que desaparecerá si seguimos prescindiendo ella. Con la desaparición de ese rico patrimonio etnográfico, desaparecerán las claves para afrontar el actual colapso ecológico y la crisis social en la que nos encontramos.









España oculta



España oculta

Darío de Dominicis

Este proyecto se inspira en el extraordinario trabajo fotográfico “España Oculta”, realizado por Cristina García Rodero. Quiere ser un homenaje al talento de esta gran fotógrafa española, que con la fuerza inmensa de su sensibilidad, fotográfica y humana, nos enseña un universo sumergido, pero todavía profundamente vivo.

Cada año, en la regiones más meridionales de España, se celebra, con gran intensidad religiosa y emotiva, la Semana Santa.

Esta investigación fotográfica, que empieza en abril de 2006, pone su atención en la provincia de Sevilla, que es, sin duda, la más auténtica y representativa del sentimiento popular que todavía caracteriza la población de esta parte de Andalucía. Aquí es posible encontrar todavía una humanidad comprometida en el esfuerzo de conservar sus costumbres y su identidad.

Desde siempre lo hacen con increíble determinación y animados por este espíritu se aprestan a revivir, todos los años, la puesta en escena de ritos y representaciones que se repiten inmutables a través de los siglos.

Durante la semana que precede al Domingo de Resurrección hay muchas procesiones y celebraciones de carácter religioso: todo se desenvuelve en un clima de espiritualidad y de gran participación popular, muestra del renovado entusiasmo con que la gente espera este evento.

Despierta y conmueve la afición con la cual cada uno interpreta su papel, atribuyendo a los ritos una extraordinaria fuerza evocativa, capaz de congelar la dimensión temporal en un “eterno presente”.

Las atmósferas recreadas son tan sugestivas que nos brindan la realidad en una visión casi teatral, y esta festividad se convierte en la ocasión para el encuentro, mágico y irrepetible, entre las dos almas que, desde siempre, conviven en el patrimonio cultural de esta región. Un alma más mística, caracterizada por el aspecto religioso; otra más laica y pagana, prendida en la herencia de las tradiciones populares que abundan en este rincón de España.



Este proyecto se inspira en el extraordinario trabajo fotográfico "España Oscura", realizado por Cristina García Rubio. Quiere ser un homenaje al talento de esta gran fotógrafa española, que con la fuerza que surge de su sensibilidad, fotografía y humana, nos muestra un universo sumergido, pero todavía profundamente vivo.

Cada año, en la región más meridional de España, se celebra con gran intensidad religiosa y emocional la Semana Santa.

Esta investigación fotográfica, que comienza en abril de 2006, surge en paralelo en la provincia de Sevilla, que es, sin duda, la más auténtica y representativa del sentimiento popular que todavía caracteriza la población de esta parte de Andalucía. Aquí es posible encontrar todavía las tradiciones comprometidas en el esfuerzo de conservar sus costumbres y su identidad.

Desde siempre la luz del increíble deterioración y abandono por una semana se aprestan a morir, todos los días.









Belchite: arquitectura de la infamia

Montserrat Carmen de Vega Mas

En poco más de cien años, la villa aragonesa de Belchite recibió en su solar las heridas de tres batallas: en 1809, en la Guerra de la Independencia contra los franceses; en 1838, en la Primera Carlista; y, ya en 1937, en la Guerra Civil.

Ésta fue, sin duda, la más profunda y dolorosa, ya que supuso la destrucción de parte de su casco urbano y la muerte de muchos de sus vecinos. Pero si los acontecimientos bélicos fueron los desencadenantes, al ser dicha localidad una posición clave de la resistencia del bando nacional frente al ataque republicano que intentaba alcanzar Zaragoza, la decisión última para que no fuera posible su reconstrucción fue política, con lo que la historia de este señalado lugar fue despreciada y se le acabó de apuntillar.

A diferencia de otras muchas poblaciones españolas que se vieron afectadas por los bombardeos y las operaciones militares, el general Francisco Franco quiso dejar intacto el semiderruido Belchite como un símbolo de la guerra que él había ganado y, para perpetuar la memoria de sus defensores, ordenó que se construyera un pueblo completamente nuevo. En principio la descabellada idea era la de erigirlo sobre el viejo, pero debido a las dificultades del desescombros, fue emplazado en las cercanías en un estilo arquitectónico propio de los tiempos que se vivían; así se inauguró en 1954, edificado por la Dirección General de Regiones Devastadas con mano de obra represaliada.

Mientras tanto, y a pesar de que la reconstrucción hubiera sido posible y más económica que la obra nueva alternativa, el primitivo pueblo fue condenado a una lenta agonía que duró casi treinta años; en 1964 salieron las últimas cien familias, con lo que el abandono llegó a ser total, y su aspecto ya para siempre el de pura ruina.

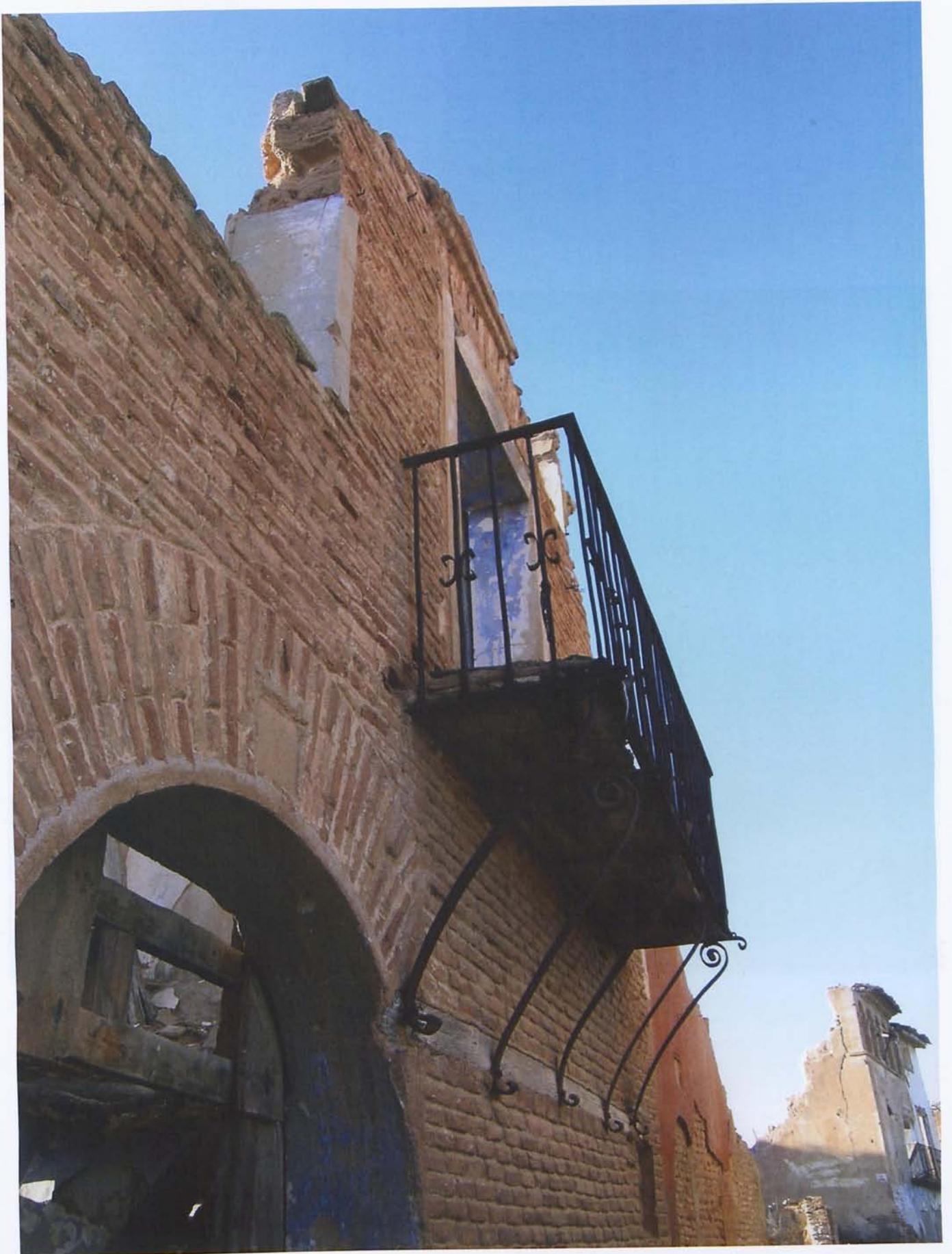
La descomposición del casco antiguo avanzó a la vez que Belchite pasaba a ser un símbolo y un mito del anterior régimen, empujado y auspiciado por la gestión propagandista del Estado. Pero la localidad no había quedado tras la contienda tan deteriorada como hoy aparece: se siguieron derribando edificios después para aprovechar los materiales en la construcción del lugar nuevo; las casas fueron despojadas de tejas y vigas y, aún hoy, se siguen recogiendo de sus calles abandonadas “rejolas” (ladrillos planos) para utilizarlas. Se buscó en el momento, también, dar mayor aspecto de ruina al conjunto, de cara a magnificar la barbarie marxista.

En 1988, como una voz que clamara en ese desierto, el hijo de la villa Jesús Baquero Millán, ingeniero técnico industrial y licenciado en Bellas Artes, inventarió el rico patrimonio arquitectónico del pueblo viejo, que tantos años después del conflicto bélico aún no había sido catalogado. La idea última de su trabajo fue la de considerar que todavía era posible salvaguardar material en aras de posteriores restauraciones de edificios, lo que a día de hoy no se ha producido en ningún caso que se pueda considerar importante.

La arquitectura popular del lugar estaba condicionada por la escasez de precipitaciones y por el azote del fuerte viento dominante, el cierzo frío y seco. El material constructivo por excelencia fue el barro, fuera en forma de adobe y tapial o cocido. Tanto el trazado de las calles como el uso constante del ladrillo fue una herencia musulmana local; de hecho, si algo caracteriza tanto las construcciones civiles como las religiosas es la cantidad de manifestaciones mudéjares que perduraron, sobre todo en la iglesia parroquial de San Martín de Tours, el edificio con más historia de Belchite.

Una situación propicia y un interesante sistema de riego, que explotaba al máximo el agua del río Aguas Vivas, a pesar de sus fuertes estiajes, hizo que la localidad gozara de una prosperidad económica basada sobre todo en el cultivo del olivar. Esto hizo que su urbanismo se resintiera positivamente, se agruparan en sus calles edificios importantes, de los que han perdurado los restos de arcos de entrada (de la Villa y de San Roque), iglesias (San Juan, con su torre del reloj, y la antes citada de San Martín) y conventos (San Agustín y San Rafael). El uso del ladrillo plano fue heredado por los constructores del Renacimiento aragonés, que crearon un estilo civil peculiar, en el que las galerías de arquillos y los aleros coronaban las casas, por lo demás de fachada austera, con sorprendente derroche estético.

Ahora, sin embargo, el Belchite viejo ha pasado a ser una escombrera que crece, que ve aumentar su extensión tal como van cayendo las últimas casas, ya sin tejados ni resaltes. El aspecto fantasmagórico de lo que fue va a dejar paso, en poco tiempo, a una explanada de cascotes donde ya casi nada se mantiene en pie; si el recorrido de las calles sigue más o menos dibujado, los arranques de antiguos edificios cada vez están más derruidos y enfermos. Casi nada queda y menos aún es salvable, excepto quizás algunas construcciones que, como carroñas al sol, enseñan sus osamentas para que las azote constantemente el cierzo del páramo.











ISBN: 978-84-8181-348-7



9 788481 813487



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE CULTURA

